Jacinto Benavente

Las Cigarras Hormigas

Juguete cómico en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

Las Cigarras Hormigas

Las Cigarras Hormigas

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenado en el Teatro de la Comedia, de Madrid el día 24 de Diciembre de 1905

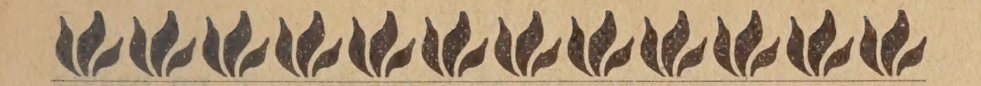


BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
KETTY	Sra. Pino.
LA CAMELIA	» Roca.
LA DALIA.	» Guerra.
DOÑA PASTORA	» Luna.
TERESITA.	Srta. Pérez Vargas.
DOÑA HORTENSIA	Sra. Lamadrid.
ASUNCIÓN	Srta. Colorado.
MISS SMITH	Sra. Caro.
CAMARERA	Srta. Lasheras.
FEDERICO.	Sr. Gonzálvez.
AUGUSTO.	» Mendiguchía.
TEODORO	» González.
DON GUMERSINDO	» Ramírez.
POLI	» Aguirre.
EL CHURRERITO	» Acuña.
EL CHICO DE LA ÚRSULA. .	» Gatuellas.
REGUERA	» Jambrina.
DON ISIDORO	» Tatay.
DON AMARO.	» Ramírez.
PACO	» Llanos.
MR. RICHARD	» Martí.
VICENTE	» Sala.
MOZO 1.º	
MOZO 2.º	
MOZO 3.º	
MELITÓN (mozo)	

Críados, mozos, viajeros.



ACTO PRIMERO

Despacho modesto

ESCENA PRIMERA

VICENTE y MOZOS

Al levantarse el telón unos mozos cargan con unos muebles de buen aspecto, disponiéndose a llevárselos, mientras otros mozos descargan otros muebles de peor aspecto.

VIC. Con cuidado, mucho cuidado.

MOZO 1 Ya lo tenemos, por la cuenta que nos tiene.

VIC. (A los que se llevan muebles.) No os digo a vosotros; vosotros ya podeis romper lo que os dé la gana; os lleváis lo vuestro; les digo a á éstos, que traen lo que se ha pagado y se queda aquí. Cuidadito, mucho cuidado.

MOZO 1 (Mirando con desprecio los muebles que dejan los otros mozos.) ¡Valientes muebles! De la calle de Tudescos.

MOZO 2 Todo lo más del Rastro.

MOZO 3 ¿Qué decís vosotros? ¿Quién habla con vosotros? Después que nos tenéis una hora esperando a que carguéis arriba, y nosotros más cargados abajo...

MOZO 1 Y nosotros, ¿qué tenemos que ver con vosotros?

MOZO 3 Es que si vamos a estorbarnos, ahora nos·

otros paramos en la escalera, y no pasáis vosotros, como no pasamos antes nosotros.

MOZO 1 Eso lo veríamos.

MOZO 3 Lo veríamos.

VIC. ¡Eh, amigos, no haya lucha de clases; haya unión, haya solidaridad, haya igualdad, ante la propina!... Vaya dos reales para vosotros, para vosotros una peseta...

MOZO 1 ¡Y dice que iguales!

MOZO 3 Además, si cree usted que paga con una peseta...

MOZO 1 Y con dos reales... Tome usted, y que le aproveche...

MOZO 3 Guárdelo, si le hace más falta que a nosotros...

VIC. ¿Os parece poco? Pues ya estáis iguales... Largo, al capítulo de economías...

MOZO 1 Eso no; venga lo que sea...

MOZO 3 Del lobo un pelo.

ESCENA II

Dichos y DON AMARO

AMAR. Hola, hola, Vicente. Muy buenos días.

VIC. ¡Ah, don Amaro! ¡Qué matutino viene usted! Pase usted, pase usted...

AMAR. Deja que pueda...

VIC. Corred ese trasto; dejad libre la puerta. (Los mozos salen.)

AMAR. ¿Qué significa este trasiego de muebles? Unos que suben, otros que bajan. Está poniendo de nuevo la casa don Federico, como corresponde a su nueva y brillante posición.

VIC. Es natural.

AMAR. Sí... pero por lo que veo, esto ofrece peor aspecto. Este cuarto estaba antes alhajado con más gusto. Y estos muebles... ¿Qué muebles son éstos? ¿O es que han

entrado también en la herencia y don Federico quiere conservarlos en recuerdo de su querido tío? Si es así, ya no digo nada. Un sofá como éste conocí en casa de mi abuelo paterno; mi abuelo le tenía en mucha estima, porque se había sentado en él más de cuatro veces nada menos que don Rafael del Riego, el mismísimo don Rafael. Mi abuelo fué un mártir de sus ideas; por defender la libertad se pasó lo mejor de su vida en la cárcel.

VIC. Pues no hay duda de que la suya, sobre todo, la defendió muy bien. ¿Y qué le trae a usted por aquí todavía, don Amaro?

AMAR. ¿Cómo todavía? ¿Tu crees que yo sólo venía a esta casa cuando estaba ligado por intereses comunes con tu señorito? Antes al contrario: entonces era cuando venía, bien a mi pesar, con el reconcomio siempre de que mis visitas parecieran interesadas y molestas. Pero ahora no, ahora no: proceden de mi amistad, de mi interés... que ya no es interés, vamos, el interés de antes.

VIC. Sí, los intereses... ¿Conque está usted en regla con don Federico?

AMAR. Ay, sí; en regla hasta el último céntimo. Apenas cobró la herencia de su tío, me pagó sin regatear. Don Federico fué siempre un caballero; yo no lo dudé nunca.

VIC. No, nunca... ¡Si hablaran estas paredes!

AMAR. ¡Si hablaran, si hablaran! ¿Quién va a hacer caso de lo que digan las paredes? Ni de lo que uno dice cuando se altera. Don Federico ha pasado sus apuros...

VIC. ¡Y qué apuros!

AMAR. Alguna vez no ha podido cumplir sus compromisos con la puntualidad necesaria en estos asuntos en que ha de responder uno a otras personas que depositan en uno su confianza; porque puede creer don Federico que si de mí sólo se hubiera trata-

do, por mí, aunque no me hubiera pagado nunca...

VIC. Eso ya lo sabía él, que si hubiera sido por usted sólo...

AMAR. Puedes creerlo.

VIC. Pero como no era usted solo...

AMAR. Claro que no... Detrás de mí hay otras personas...

VIC. Ya lo creo. Hay jueces, escribanos, procuradores, agentes de la autoridad... ¡Digo! si hubiera usted sido sólo!...

AMAR. ¡Qué cosas tienes! Querrás parecerte a tu señorito en lo dicharachero.

VIC Algo se pega.

AMAR. Pero volviendo a estos muebles, en efecto, ¿son heredados?

VIC. No, señor. Esos muebles que ahora se llevan eran de alquiler. Todos los meses se pagaba por ellos una barbaridad.

AMAR. ¿Se pagaba?

VIC. Unos meses sí y otros no: pero al fin se pagaba todo, y se pagaba doble por el retraso; se habrá pagado su valor veinte veces. Por eso, ahora que se puede el señorito ha comprado estos otros.

AMAR. Muy bien pensado.

VIC. Eso sí, mucho peores, como usted ve; pero, ¡ay, don Amaro!, es que usted no sabe que desde que tenemos dinero nos hemos hecho muy económicos. Esta casa está desconocida.

AMAR. ¿Qué me dices?

VIC. Sí, señor. Desde que un duro es un duro, y al gastarlo se ve que es tal duro, no como antes, que siempre se pagaba de memoria, no sabe usted lo que es esto. En fin, yo no sabía lo que era llevar una cuenta, y ahora, ¡pobre de mí si me descuido en cinco céntimos! Ahora no verá usted encendidas dos luces a un tiempo, ni verá usted los cigarros de dos pesetas por encima de las mesas, ni las botellas de Jerez

y de cognac, ni aquellas francachelas de amigos y de amigas, ni nada, en fin, nada. ¿Lo querrá usted creer? El señorito compra ahora cerillas de cinco céntimos, y llena las cajas de diez, usadas...

AMAR. Es increíble. Será que con la herencia del tío ha heredado también su espíritu de orden y de economía. Me dejas atónito. De modo que...

VIC. De modo que me parece que viene usted demasiado pronto, porque, a este paso, en vez de arruinarse, lo que hará don Federico es ahorrar todos los años más de la mitad de sus rentas, y en pocos años será archimillonario, y qué sé yo... puede que se dedique a hacerle a usted la competencia o se asocie con usted.

AMAR. No es ningún disparate. Si él quisiera...

VIC. Tanto como eso, no digo; porque don Federico aborrece a los usureros.

AMAR. ¿Qué es eso de usureros?

VIC. ¡Ay, usted perdone! Quise decir...

AMAR. No; no es que yo me ofenda particularmente. ¡Qué más quisiera yo que ser un usurero, como tú dices! Señal de que disponía de capital para ello. Yo no soy más que un pobre agente de negocios: relaciono, facilito, cobro mi modesta comisión, que muchas veces perdono para dar más facilidades... Don Federico lo sabe, por eso me apreció siempre, y por eso...

VIC. Aquí le tiene usted, señorito; don Amaro.

ESCENA III

Dichos y FEDERICO

FED. ¡Don Amado!

AMAR. ¡Oh mi señor don Federico, querido amigo!

FED. ¡Usted por aquí! ¿Qué le trae a usted? ¿Es que ya se murmura que necesito de usted?

¿Viene usted de pájaro de mal agüero? ¿Supone usted que he de volver a necesitarle tan pronto? Pues se engaña usted, o le han engañado. Una y no más; y si alguna vez volviera a verme en apuros, antes que acudir a usted...

AMAR. Pero don Federico de mi alma, señor don Federico... ¿A qué viene ese chaparrón? Yo no merezco... yo no... Mi visita sólo obedece al afecto que le profeso a usted, y al que ya veo que usted no corresponde de ningún modo. Yo siempre le he distinguido a usted; yo siempre he tenido atenciones con usted que no acostumbro a tener con nadie.

FED. Ya, ya...

AMAR. Yo no le he dado a usted ningún escándalo en público; yo he sabido esperar... Parece mentira que me reciba usted de este modo, usted, siempre tan atento, tan afectuoso... ¡Cuántas veces se empeñaba usted en que le acompañase a almorzar! Por lo menos no me dejaba usted salir sin obsequiarme con una copita y un magnífico cigarro... Y entonces siempre que venía a visitarle era para algo molesto; pero ahora; ahora que es sólo el amigo, el amigo desinteresado...

FED. ¿Va usted a conmoverse? De sobra le conozco a usted. Lo que usted desea es volver a cogerme por su cuenta; lo que usted supone es que yo soy el mismo de antes; que en cuatro días derrocharé alegremente la herencia de mi tío. Pues no, señor. Se puede derrochar y gastar sin tino, cuando no se tiene dinero, cuando vive uno del crédito, porque en el momento que dejara usted de gastar, creerían que no tenía usted una peseta y nadie le fiaría a usted un cuarto; pero cuando se posee un capital efectivo, un capital sólido, acabaron las locuras, y se acabaron, ¿lo entiende usted?, se acaba-

ron; así es que no vuelva a parecer por aquí, que sé muy bien lo que significan sus visitas... Deme usted una cerilla.

AMAR. Con mil amores...

FED. Y tome usted un cigarro; no diga usted que no le obsequio.

AMAR. ¡De a quince céntimos! (Bajo a Vicente.) ¡Ay, bien decías, este es otro hombre!...

VIC. (Idem a don Amaro.) Le digo a usted que cuando no había modo de que le pagara a a uno el salario, había meses que salía yo por treinta duros; pero ahora... se acabó...

FED. ¿No hay más cartas que estas?

VIC. No, señor...

FED. (Sentándose y disponiéndose a escribir.) Don Amaro, no es echarle a usted; puede usted sentarse, puede usted leer los periódicos... Yo tengo que despachar mi correspondencia, asuntos urgentes, asuntos de interés; usted sabe lo que son estos asuntos.

AMAR. Sí, sí; ya me retiro, y siento haberle incomodado, y sobre todo, deploro que interprete usted la expresión de mi sincera amistad de ese modo. Sabe usted que siempre le he distinguido; sabe usted que siempre, siempre, me tiene a su disposición...

FED. Muchas gracias...

AMAR. (A Vicente, al salir.) Es otro hombre... Oye, Vicente: Si tú, por tu parte, tienes algún apurillo, hasta cierta cantidad... veinticinco, cincuenta duros... ya sabes... Sin comisión, ¿eh?, sin comisión...

VIC. Se tendrá en cuenta... porque pasa uno lo suyo... (Sale don Amaro.)

ESCENA IV

FEDERICO y VICENTE

FED. ¿Han traído ya todos los muebles?

VIC. Sí, señor; todos.

FED. Están bien, ¿verdad? Sencillitos...

VIC. Muy sencillitos...

FED. Sin pretensiones. Nada de estilo moderno, ni esas tonterías.

VIC. No, de moderno no tienen nada. Unas cortinas es lo que no estaría de más aquí... Está esto así... algo desamparado...

FED. ¿Cortinas? ¡Qué disparate! Un depósito de polvo y de suciedad, un vivero de microbios... ¡Que circule el aire libremente, por puertas y ventanas!... El aire y la luz... Ahora que me acuerdo... ¿Resultó, en efecto, que la cuenta del carbonero estaba equivocada?

VIC. Sí, señor; sí... Aquí tiene usted tres pesetas cincuenta y cinco céntimos que me ha devuelto.

FED. ¿No te decía yo? Con esa gente no puede uno descuidarse. Y tú empeñado en que la equivocación era nuestra... Si le dejamos pasar una... Digo, tres pesetas cincuenta y cinco céntimos todas las semanas, parece una insignificancia, y hace al mes... (Suma en un papel.) quince pesetas veinte céntimos, y al año... ciento setenta pesetas con cuarenta céntimos; una friolera... Todo el mundo a robar... Mucho cuidado con las cuentas, mucho cuidado. (Suena el timbre.)

VIC. ¿Está en casa el señorito?

FED. Sí, abre... Serán don Augusto y don Teodoro; los tengo citados a esta hora... Si no fueran ellos, que no estoy en casa.

VIC. Está bien, señorito. (Sale.)

ESCENA V

FEDERICO, AUGUSTO y TEODORO (de levita y todo de negro)

FED. ¿Sois vosotros? Adelante, adelante.

TEO. (Desde la puerta, con solemnidad.) ¿Da usted su permiso?

AUG. (Idem.) ¿Es don Federico Pomares de la Umbrosa a quien tenemos el honor de saludar?

FED. Dejáos de tonterías. No estoy de humor para bromas.

TEO. Eres rico. La riqueza ha matado tu juventud y tu buen humor.

AUG. ¡Macbeth, Macbeth, has asesinado al sueño!

FED. ¿Traéis ensayado el intermedio cómico? Pero ¿qué es eso? Los dos de levita, y todo de negro.

AUG. Levita cerrada y pantalón del mismo color, que dijo el clásico.

FED. ¿Venís de algún entierro, o habéis sido padrinos de algún lance?

TEO. Aun no lo sabemos; pero tu comunicación decía: Os espero; tenemos que hablar de un asunto serio.

AUG. Los asuntos serios deben tratarse seriamente, y aquí nos tienes.

FED. Sois la mar de graciosos. Si aplicárais el ingenio a cosas más útiles...

AUG. A fabricar tósigos para envenenar a tíos recalcitrantes.

FED. ¡Qué bárbaros!

AUG. ¡Ah, no lo niegues! Tu tío estaba lejos, pero tú le enviabas tus cartas impregnadas de un veneno misterioso, como aquel con que el duque de Anjou envenenó las hojas de un libro de montería, dedicado a su hermano Carlos IX de Francia.

FED. ¡Pobre tío! Lo que yo deploro es haberle ocasionado tantos disgustos en vida. Tales disgustos, que con razón debí temer que para nada se acordara de mí en su testamento. Lo merecía. El mismo me lo dijo siempre; vosotros sabéis que yo nada esperaba.

TEO. ¡Bah! La voz de la sangre, digan lo que quieran, puede mucho en los momentos decisivos de la vida. ¿A quién demonios iba a dejar tu tío su fortuna? Una fortuna adquirida a fuerza de trabajo, de sacrificios... Un viudo sin hijos, tú el único pariente cercano...

FED. ¡Qué sé yo! Figúrate que cualquier lagartona le hubiera engatusado: figúrate que se lo hubiera dejado todo a la Beneficencia o a cualquier fundación piadosa... Ha sido una lotería, una verdadera lotería, algo providencial; por eso mismo, podéis creer que mis ideas han padecido una verdadera revolución. Debo creer en los milagros...

AUG. Pues no digo nada tus ingleses.

FED. No; para mis ingleses era mejor garantía que viviera mi tío. Ya sabían ellos que, de cuando en cuando, el buen señor se conmovía y nivelaba mis presupuestos; ahora es cuando, si yo cometiera la torpeza de arruinarme, no encontraría quien me prestara un céntimo, porque ya, ni cercana ni remota, queda esperanza alguna de otra herencia; y para los acreedores vale más un tío vivo que un tío muerto, no hay que darle vueltas.

AUG. No; a un tío vivo sí hay que darle vueltas.

FED. ¡Miserable! Un chiste más, y mueres.

TEO. Bueno. ¿Y ese asunto serio que nos anunciabas en tu lacónica misiva?

FED. ¿Lacónica?

AUG. Y antirreglamentaria. Cuando se cita para un asunto serio, no hay otra forma de re-

dactar la citación que la siguiente: «Queridos amigos. Para tratar de un asunto serio, os espero a almorzar tal día, a tal hora... Vuestro...»

FED. ¡Como el último día que almorzásteis aquí dijísteis que os había matado de hambre!...

AUG. Esa es razón para darnos mejor de almorzar otro día, no para dejarnos de convidar.

FED. Es que os conozco, y vosotros, si se os da mal de almorzar, os ponéis de tal humor que no hay quien os saque una palabra del cuerpo; si almorzáis bien, no sabéis decir más que chirigotas y payasadas.

TEO. Pero café, una copita de cognac y un buen cigarro...

AUG. De los de antes, ¿eh?, de los de antes. Trátanos como cuando no eras rico. Si tu tío te ve desde el cielo, él sabrá perdonarte.

FED. Respetad la memoria de mi tío. Apelo a vuestro buen gusto. (Toca un timbre, y sale Vicente.) Tráenos café, unas copitas de cognac y los cigarros que hay en mi cuarto.

VIC. ¿De los buenos?

AUG. ¡Qué pregunta! ¿Cuándo se ha preguntado eso en esta casa?

FED. Sí, hombre, sí; de los buenos. (Sale Vicente.) ¿Queréis algo más? Ya sabéis que para vosotros soy siempre el mismo. Con vosotros he compartido las preocupaciones de días muy negros; juntos hemos trazado planes fantásticos; juntos hemos acariciado las mismas ilusiones en el porvenir. No creáis que me olvido de vosotros al verme feliz y tranquilo; para eso os he llamado, y de eso quiero que hablemos seriamente, muy seriamente, si es posible hablar en serio con vosotros.

AUG. Sí, Federico, sí; ya sabemos lo que vales. (Se abrazan.)

TEO. (Idem.) Eres un gran chico; nunca lo hemos dudado.

AUG. Somos tres grandes chicos; mejor dicho, tres chicos grandes... Ea, ya estamos emocionados los tres... Y de verdad, ¿no es eso?

FED. ¿Por qué no? El corazón está sano. ¡Y no vale burlarse de esta emoción!

AUG. ¡Qué ha de valer!... Vaya que se me ha olvidado el pañuelo... Dejadme uno...

TEO. Toma el mío...

AUG. ¡Uy! Naftalina...

TEO. Es de la levita.

AUG. ¡Sí, ya..!

FED. Sí, lo noté desde que entrásteis.

AUG. Yo desde que salieron. Es que ese don Vicente cuida muy bien cualquier prenda que se le confía. (Entra Vicente.)

VIC. Aquí está todo... ¿Manda otra cosa el señorito?

FED. Que no estoy para nadie.

VIC. El oficial de la notaría quedó en volver esta tarde, y el señor administrador de la casa de la calle de la Manzana...

AUG. ¡El administrador! ¡Qué bien suena!...

FED. Para esos sí estoy... nada más. (Sale Vicente.)

AUG. ¡Administrador!

(Cantando.) ¡Dichoso aquel que tiene
su casa a flote!

(Hablando.) En la calle de la Manzana, una finca. Y no será la única.

FED. En Madrd, sí. En Moraleda tengo varias, rústicas y urbanas.

TEO. ¿Moraleda? ¿Dónde está eso?

AUG. ¡Qué ignorante! Moraleda, ciudad histórica y monumental, famosa por sus tortas de yema y las pantorrillas de sus mujeres; esta segunda fama no he podido comprobarla; la de las tortas, sí, las de yema y las otras: consecuencia de querer comprobarlo todo.

TEO. Tu tío, ¿era de allí?

FED. No; su mujer, mi difunta tía, que, naturalmente, al tener dinero, prefirió afincarse en el pueblo que la vió nacer, y donde vivía modesta y obscura en su juventud; vanidad natural en las mujeres. Mi tío la quería mucho, y no quiso contrariarla.

TEO. Hizo mal... Fincas de provincia...

FED. Establecieron allí un hotel, el mejor hotel de Moraleda, en una magnífica casa construída exprofeso; despues cedieron el negocio en buenas condiciones; por cierto que ahora cumple el plazo del contrato, y ya me han escrito para renovarlo en seguida...

TEO. ¿De modo que has heredado en gordo?... Más de lo que esperabas.

FED. No esperaba nada. Pero no creáis que estoy dispuesto a derrocharlo todo alegre y tontamente, como derroché lo que heredé de mis padres; una vez puede tener disculpa, y, por fortuna, ha tenido remedio. La segunda vez sería imperdonable. Escarmenté en cabeza propia. Por eso me propongo no vivir en la ociosidad, que es donde está el peligro; quiero aplicar mi actividad y parte de mi dinero a cualquier industria, negocio, explotación que, con el atractivo de aumentar en algo, aunque sea en poco, mis rentas, me distraiga y me ocupe, sobre todo. ¿He pensado mal?

AUG. Como un artículo de fondo.

TEO. ¿Ocupación dijiste? ¿De negocios hablaste? Negocio, ocupación y entretenimiento, todo en una pieza... (Sacando unos papeles del bolsillo.) Lee, entérate de esto; todo está estudiado, no falta un detalle: presupuesto completo, gastos, beneficios, todo, todo... Como que llevo dos años no pensando en otra cosa, buscando un socio, un socio capitalista... ¡Quién había de decirme que ese socio ibas a ser tú!

FED. ¿Qué es esto?

AUG. No quiero anticipar mi juicio.

FED. (Despues de dar una ojeada al papel.) Negocio de teatros... ¡Quita, quita!

TEO. ¡Ah! ¿Lo arrojas con ese desdén sin enterarte?... Pues dime en qué negocio puede ganarse más... ¡Ganancias fabulosas!

FED. Tan fabulosas... Te veo: lo que tú quisieras es tener un amigo como yo, empresario, para colocar tu ciento y pico de obras no representadas... ¿Y tú crees que, aun cuando yo fuera empresario, te las admitiría? Eso, amigo mío, no; una cosa es la amistad, y el teatro es otra cosa.

TEO. ¡Ah! ¿No crees en mí? ¿No crees en mis obras? Entonces, ¿por qué me has dicho tantas veces que yo tenía mucho talento, que mis obras eran admirables y que los empresarios y que los directores de teatros eran unos imbéciles no representándolas?

FED. ¡Hombre! Por no desanimarte, tenías en eso todas tus ilusiones.

AUG. Y nos divertíamos tanto, cuando nos leías algún disparate.

TEO. ¡Disparates! ¿Conque eran disparates? ¿Y por qué no me lo habéis dicho antes?

AUG. ¡Hombre! No corría tanta prisa.

TEO. Si, creéis que estimo en algo vuestra opinión. ¿Qué sois vosotros? Vulgo, vulgo nada más.

FED. Pues si esperas que cuando estrenes van a venir a juzgar tus obras Maeterlinck y Gabriel D'Annunzio... Mira, querido Teodoro, en serio: cuando no había remedio a tu situación, tan precaria como la nuestra por culpa de nuestro carácter, o de la educación imperfecta que nos dieron, o del medio en que vivimos, ¡vaya usted a saber!, lo menos malo que podías hacer era... eso, entretenerte en escribir obras para el teatro. Las obras teatrales, por malas que

sean, mientras no se representan no causan perjuicio a nadie; los amigos tenemos la obligación de soportar tres o cuatro lecturas de cada una; pero, vaya, no es más molesto que acompañar un entierro, y también se hace por los amigos... Pero ahora, cuando todos podemos hallar solución a nuestra vida, porque yo no soy egoista, al pensar en mí he pensado en vosotros; quiero asociaros a mi empresa, cualquiera que sea. Es preciso que nuestra vida cambie por completo; se acabaron las golferías; es preciso... la palabreja está muy gastada, sobre todo en estos tiempos, pero es preciso regenerarnos; con que ya podéis pensar a qué nos dedicamos; pero seriamente, nada de tonterías...

TEO. ¿Negocio? ¿Industrias? Hay miles, para hacerse millonario en pocos años; yo tengo ideas, siempre las tuve... Esto es aparte: como la del teatro, ninguna.

AUG. Pues lo que es esa, desechada... Mira: prescindiendo del peligro de estrenar tus obras, que ya es bastante, aunque sólo fuera por el peligro de las actrices... figúrate, mujeres guapas, artistas... nuestra debilidad... Y nosotros empresarios... Nada, nada, a otra cosa.

TEO. Un café...

FED. Sí, que hay pocos. ¡No costaría nada acreditarle!

TEO. Bastaría con dar buen café, verdadero café...

AUG. Y el público, que no está acostumbrado, extrañaría el sabor y creería que se le envenenaba.

TEO. Un bar, servido por mujeres de distintos países, una francesa, una rusa, una mora... Además serviría como escuela práctica de idiomas.

FED. Nada, nada, nos beberíamos el bar.

AUG. Y la escuela de idiomas.

TEO. Pues decidme vosotros: tú, Augusto, que sólo te luces en las interrupciones.

AUG. Es lo de siempre. Estamos buscando por los cerros de Ubeda lo que tenemos cerca, a la mano y ya establecido, cuando lo difícil en cualquier negocio es el primer impulso. ¿No dices que tu tío tenía un hotel en Moraleda, un magnífico hotel, que después él cedió a otras personas, que ahora termina el plazo del contrato, que han escrito para renovarlo?... Pues ahí está el negocio, fácil, bonito, acreditado; digo yo que estará acreditado, cuando desean continuar.

TEO. ¿Es que propones que Federico explote el hotel por su cuenta?

AUG. Naturalmente. Yo me encargo de la gerencia y alta inspección de todo. Tú puedes encargarte...

TEO. De la contabilidad...

FED. ¡Nunca! ¡Buena andaría!

TEO. Pues del *restaurant*, o de esperar a los viajeros en la estación... Tengo una voz para gritar... ¿Cómo se llama el hotel?

FED. Del Universo y de las Cuatro Naciones.

AUG. ¡Digo, el Universo, y además Cuatro Naciones; no se han quedado cortos!...

TEO. Pues bien; yo gritaría: ¡Hotel del Universo, hotel del Universo! ¡El mejor hotel, el único hotel!

FED. Y los encargados de los otros hoteles te rompían algo.

AUG. ¿Qué tal mi idea? Se medita, ¿eh?, se medita. No es ninguna fantasía, no es ningún cuento tártaro. Hay lógica, hay base; es algo práctico, ¿eh?, algo práctico...

FED. Sí; en efecto, es para estudiarse. Hay algo, hay algo; el negocio debe ser bueno, porque las personas que lo tienen a su cargo es gente práctica, y cuando tanto empeño tienen en renovar el contrato...

AUG. Y eso que, como si lo viera, todo estará a

la antigua, sin *confort*, sin adelantos; pero gastándose un poco de dinero y dándole cierto tono...

FED. Además, la idea de dejar Madrid me seduce; si viérais, desde que todo el mundo cree que tengo dinero, es una plaga de pedigüeños... Este Madrid es imposible: aquí no pueden vivir más que los vagos y los que no tienen una peseta. Mira, en serio: hay que estudiar ese asunto...

AUG. ¿Estudiarle? No hay más que hablar. Ahora mismo escribes diciendo que no estás dispuesto a renovar el contrato, que explotas el hotel por tu cuenta, y lo más pronto posible nos vamos allí y sobre el terreno... Ya verás, ya verás; tú no me conoces a mí como hombre práctico, de acción... Yo te aseguro que en dos meses hago del hotel un paraíso, hago de Moraleda una estación de invierno mejor que Niza y de verano mejor que San Sebastián, y, si me apuras, descubro unas aguas minerales que lo curen todo, o se me aparece una imagen milagrosa que ni en Lourdes.

FED. Hablemos en serio: hagamos números...

AUG. Números, vengan números... vengan datos... Venga papel... vengan cifras...

FED. Veamos... (Sacando de un cajón varios papeles.) Aquí está todo, en los papeles de la testamentaría... Hasta el plano del hotel.

AUG. Digo... Si es magnífico... Tres pisos... Una gran escalera... la alfombraremos, pondremos plantas, espejo, y en los descansillos máquinas automáticas de esas en que se echa diez céntimos y alguna vez sale algo... parece que no, y es un negocio... ¡Ah! yo pienso en todo; ya verás, ya verás los saca-dineros que yo invento; todo a la francesa... Vaya, vengan los papeles... Papel, pluma... (Se sientan los tres alrededor de la mesa.) Estudiemos, estudiemos... (Leyendo entre dientes) Una casa en Moraleda, provincia

de idem... sita en la calle del Obispo, esquina a la plaza de la Constitución... superficie de diez y ocho mil metros cuadrados y... Dejadme, dejadme. Tú puedes ir escribiendo, ahora mismo, la carta negándote a la renovación del contrato... Y tú...

TEO. Yo redactaré un anuncio de propaganda; ya veréis, ya veréis. *(Se ponen los tres a escribir muy afanados. Alguna vez van a mojar la pluma al mismo tiempo.)*

AUG. Manos a la obra. Trabajemos todos... Marchemos todos, y yo el primero... *(Leyendo y tomando notas.)* Sita en la calle del Obispo...

FED. *(Escribiendo.)* Distinguido señor... En mi poder la suya... fecha... me apresuro...

TEO. *(Escribiendo.)* Gran Hotel del Universo y de las Cuatro Naciones, situado en el centro de la población, cerca de los teatros, del telégrafo y del Gobierno civil...

AUG. ¿Que dices, hombre? ¿Qué sabes tú si todo eso está cerca?

TEO. Hombre, en provincias las distancias son siempre cortas... Si no me dejáis hacer nada...

AUG. Lo que tú hagas siempre serán fantasías...

(Los tres a un tiempo.)

AUG. Esquina a la plaza de la Constitución, superficie de diez y ocho mil metros...

FED. Que decidido a llevar por mi cuenta cuantos negocios dejó mi difunto y nunca bastante llorado tío...

TEO. Teléfono en cada piso... luz eléctrica, baños, cocinas francesa y española, peluquería y cuantos refinamientos en los modernos progresos y adelantos...

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Patio de un hotel, cubierto de cristales; al fondo, en el centro, escalera que conduce a un pasadizo con barandilla; en el centro, puerta que conduce al despacho del hotel; a derecha e izquierda dos puertas a cada lado, de habitaciones; en la planta baja; a la derecha, otras dos puertas también de habitaciones; a la izquierda, gran puerta de entrada. Plantas, veladores, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

TEODORO, sentado en un velador lee un periódico, y se dispone a tomar una copa de Jerez con bizcochos. Leocadia, CAMARERA, le sirve.

TEO. ¿De modo que hoy empiezan las ferias de esta gran población?

CAM. Sí, señor: hace un momento pasaron por aquí los cabezudos, y esta mañana, muy temprano, la diana, y luego, a la tarde, en ese descampado que hay a la espalda, van a poner la primera piedra de una estatua que van a poner encima, y habrá música también y mucha gente, y el gobernador y el obispo.

TEO. ¿Y qué mas, qué más fiestas hay en estos días?

CAM. A mí no me pregunte usted, que yo no las he visto nunca.

TEO. ¡Ah! ¿Tú no eres de aquí? ¿Este el primer año que sirves en el hotel?

CAM. Entré ocho días antes de venir usted. Yo, estaba sirviendo en los baños de Fuenteclara; ocho horas de coche desde Calzadilla, desde aquí, cinco de tren y las ocho de coche, luego una hora a caballo, luego se pasa el río en una barcaza, y... luego...

TEO. No te empeñes en convencerme, no pienso ir.

CAM. A usted no le aprovecharía de nada.

TEO. Seguramente. ¿Para qué sirve?

CAM. Para las señoras que quieren tener hijos.

TEO. Ya lo creo que no me servirían... ¿Y hay mucha concurrencia?

CAM. Sí, señorito; son milagrosas. Eso sí; saben muy mal.

TEO. ¡Ah! Tú las has probado?

CAM. Por probar de todo, señorito.

TEO. Pero no te harían efecto.

CAM. A mí no me diga usted barbaridades, que yo no le he dado a usted pie para nada.

TEO. Perdona, mujer.

CAM. Y si ha creído usted otra cosa, porque anoche me dejé abrazar, fué porque llevaba un servicio de té, y no era cosa de tirarlo todo. (Suena un timbre.) Es la señora inglesa. Ya sé lo que quiere; que la lleve otro gato.

TEO. ¿Un gato?

CAM. Sí; tiene cinco en su cuarto, todos los de la casa; se ha empeñado en que hay muchos ratones.

TEO. ¿Y los hay efectivamente?

CAM. Yo no sé. En mi cuarto también oigo ruidos por la noche; pero la verdad, yo creí que era alguno de ustedes que venía a arañar a la puerta, y como yo no soy miedosa, ya ve usted, nunca echo el pestillo... (Sigue sonando el timbre.)

ESCENA II

Dichos y AUGUSTO

AUG. ¿Pero nadie oye? En el número 5 llaman... yo también llamo, y nada... ¿Qué servicio es este? ¿No oye usted? ¿No oye nadie?

CAM. Ya voy, ya voy... Es que el señorito...

AUG. ¡El señorito, el señorito! Los viajeros son antes que nada... Usted, no tiene que atender más que al servicio de los viajeros, usted no debe atender más que al servicio de estas habitaciones... Creo que no tendré que volver a repetirlo... Pero, ¿no oye usted que están llamando?...

CAM. Sí, señor; pero como el señor me hablaba.

AUG. ¿Pero no oye usted, que usted no debe atender más que a los viajeros?... (La camarera entra en el número 4.) Tú eres el que perturbas el buen orden del establecimiento.

TEO. ¿Yo?...

AUG. De conversación con la camarera...

TEO. Es muy graciosa esa muchacha. Es de una sencillez casi salvaje... y tiene unos ojillos y...

AUG. Todo eso lo he reparado yo también... Y cuando la llamas para algo, y ha cumplido el encargo, tiene un modo de preguntar, subrayando más que una tiple del género chico: ¿Deseaba usted otra cosa? Que abre a la imaginación horizontes ilimitados...

TEO. Ya has reparado más que yo.

AUG. Sí, pero yo, como si no viera nada, como si no oyera nada, ya lo sabes: en la casa donde habites... todo para el viajero, y por el viajero. Yo no soy como tú, que no haces nada, no sirves para nada.

TEO. Poco a poco. Toda la mañana he estado ocupado en ampliar la instalación de la

luz eléctrica. Veinticinco lámparas entre el comedor y el salón de lectura. ¡Oh, y en esto de instalaciones eléctricas, soy un Edisson!

AUG. No me fío de tu habilidad. Y en seguida, a reponer las fuerzas. Todo el día tomando cosas. Está bien; se te desquitará del sueldo. (Apuntando en un papel.) Jerez con bizcochos: dos pesetas.

TEO. ¡Dos pesetas!

AUG. En este momento, eres un viajero cualquiera.

TEO. Es que un viajero cualquiera, hubiera dicho que este Jerez es una porquería, y que estos bizcochos están duros...

AUG. Voy a comprobarlo. Mi deber es hacerme eco de todas las quejas... (Toca un timbre y sale la camarera.) Jerez y unos bizcochos.

CAM. En seguida. (Sale.)

TEO. Oye, oye; antes hablaste de mi sueldo: ¿qué sueldo es ese?

AUG. El que se te dará cuando encarrilemos el negocio. En quince días que llevamos, comprenderás que no puede calcularse nada... Yo, estudio ahora el negocio... no ceso de hacer números... Toda la mañana me la he pasado estudiando el problema de las subsistencias. Al precio a que está todo, y al precio medio del hospedaje, es imposible dar vaca ni ternera más de una vez a la semana, y como el contraste con el carnero diario sería más violento, es preferible atenerse al carnero, si bien he convenido con el jefe de cocina en que procure disfrazarlo con la mayor variedad posible. ¿Tú has sabido nunca el precio de un kilo de vaca sin hueso?

TEO. Nunca.

AUG. ¿Y el de un quintal de patatas, comprado al por mayor, y directamente a los abastecedores?

TEO. Menos, hombre.

AUG. Asusta, asusta. Ahora comprendo menos que nunca, cómo hemos podido comer tantos años con tan poco dinero. ¡Y maldecíamos de las patronas! Son ángeles, créeme, ángeles milagrosos. Nos habremos comido un capital, y un capital que no hemos tenido nunca... Es admirable. (Entra la Camarera con una botella de Jerez, con copa y bizcochos.)

CAM. Aquí tiene usted.

AUG. Déjalo ahí.

CAM. ¿Deseaba usted otra cosa?

AUG. Nada más, nada más... Y le advierto a usted que es una pregunta impertinente, que no debe usted hacer jamás a ningún viajero...

CAM. ¿Eh?...

AUG. ¿Usted cree que si yo, o cualquiera, deseáramos algo más, íbamos a dejar de pedirlo por timidez o cortedad?

CAM. No se incomode usted, señorito; yo lo pregunto siempre, porque me pareció de educación.

AUG. La educación, es hablar lo menos posible. Espero que no tendré que volver a repetirlo...

CAM. (Me parece que no hago yo aquí los huesos duros). (Sale.)

TEO. ¡Pobre muchacha! No había para qué reprenderla de ese modo.

AUG. Es que me pone nervioso con la pregunta... y estoy viendo que el mejor día me olvido de mi cargo, y... oye: ¿y Federico?

TEO. ¿Federico?... Está loco.

AUG. La verdad es que el Jerez...

TEO. Te convences ..

AUG. Sí, sí; es impepinable. Yo estudiaré si se puede mejorar la clase... Este será de tres pesetas todo lo más.

TEO. Devolviendo el casco.

AUG. Una botella hará... Espera.

TEO. ¿Qué haces?

AUG. Estudiar el negocio prácticamente. Bébete esa copa.

TEO. ¿Sí?

AUG. Sí... y ya está... A ver cuántas copas tiene una botella. Anda con otra...

TEO. No, gracias: envenenarme, no. Todo para el viajero, y por el viajero.

AUG. Tienes razón, es demasiado. Abonaremos las plantas. Ayúdame... 4... 6... 7... A peseta son 7 pesetas... quedará una media, que otra media de otra botella... son 15 pesetas cada dos botellas. Queda líquido...

TEO. No queda nada.

AUG. ¡Qué gracioso! Ya me has embrollado la cuenta... 15 .. de 3 a 15...

TEO. ¿Pero tú has tomado en serio todo esto? ¿Tú crees que Federico se preocupa tanto como tú?

AUG. Cree que debe preocuparse. A propósito, antes me dijiste que estaba loco. ¿Por qué lo dijiste?

TEO. Pero tú crees que se cambia así de carácter por tener dinero, o por no tenerlo. El dinero es un accidente... En los primeros días, Federico, por reacción natural, en cambio tan brusco se creyó él mismo transformado, pero ya verás... Es el de siempre... Anoche mismo... ya sabes que salimos a dar una vuelta por el real de la feria... Se nos ocurrió entrar en una barraca, un circo ambulante, donde con sorpresa vimos ejercicios de mérito, y entre ellos el de una miss Ketty... así decía el programa, que presentó unos perritos monísimos; luego volvió a salir acompañando a un *jongleur*, bastante notable también; pero antipático, con su pelito rizado, con su colorete y un trajecito de playa blanco, que después se quita para aparecer de torero... ¡Y qué torero?... De los de ya no hay Pirineos...

AUG. ¿Y qué?

TEO. Nada, que ya conoces a Federico... Se enamoró perdidamente de esa mujer...

AUG. La de los perritos...

TEO. Y la del *jongleur*, que será su marido o algo peor.

AUG. Peor es imposible. ¿Y esa mujer?

TEO. Entre aquella gente, y con las mallas y la pintura... Es esbelta y tiene un aire distinguido, eso sí; al notar que aplaudíamos con más insistencia que nadie, se fijó en nosotros y nos dió las gracias con una sonrisa... Si te he de decir verdad, se fijó en mí más que en Federico.

AUG. Es que si llevabas ese chalequito y esa corbata, era para fijarse...

TEO. Federico quería que la esperásemos a la salida, yo me opuse, pero esta tarde, desde muy temprano, se echó a la calle decidido a encontrarla... Nada, que se enamoró como en sus mejores tiempos... Ya le conoces, él es así; a primera vista, o nunca.

AUG. Pero eso es una tontería.

TEO. Es que si al amor le quitas las tonterías, ¿qué le queda?

AUG. A ver si se significa demasiado, y el *jongleur* hace con él juegos malabares entre dos quinqués y un paraguas.

ESCENA III

Dichos y PACO, con un pequeño saco de mano

PACO Para servir a ustedes.

AUG. (Bajo.) Un viajero... (Alto.) *Passez vous, monsieur, passez vous...*

PACO ¿El encargado del hotel?

AUG. Servidor... ¿El señor desea?...

PACO Una habitación.

AUG. Por el momento, no tenemos ninguna desocupada... El señor sabe... son las fiestas

les graandees fiestas de Moraleda. *Les grands courses de taureaux*... fuegos artificiales, *cinematógrafo*, en fin, las grandes fiestas...

PACO Sí, ya sé, a eso vengo yo, a las fiestas... ¿Y dice usted que no hay habitaciones?

AUG. Por el momento... Hay algunas disponibles, pero están pedidas por telégrafo para muy pronto... justamente... los telegramas... El Gran Duque de Baden-Baden... La Princesa de Sajonia...

PACO ¡Qué contrariedad! Me habían dicho que de seguro encontraría...

AUG. El hotel está siempre lleno, y en fiestas, para las grandes fiestas, está lleno quince días antes de venir todo el mundo.

PACO ¿Y no habría medio? En cualquier rincón, yo me acomodo en cualquier parte... Vengo a las fiestas...

AUG. Lo lamento.

PACO En cualquier parte, ya digo...

AUG. Exponiéndome a un verdadero compromiso, puedo cederle una pequeña habitación de las reservadas para la comitiva del Gran Duque.

PACO Gracias, muchas gracias...

AUG. (A la Camarera que ha salido un momento antes.) Conduzca usted al señor al piso tercero, número 12 bis...

PACO ¿Doce bis?...

AUG. Hemos suprimido el número 13, por las muchas personas que tienen supersticiones... Es una magnífica habitación.

CAM. Cuando usted guste... ¡Señorito Paco!...

PACO (Bajo) Calla, no me descubras...

CAM. Usted, aquí...

PACO Sí, calla... Vamos...

AUG. El señor no tiene más equipaje.

PACO No...

AUG. ¡El señor piensa estar pocos días!...

PACO (Y yo que no había pensado...) Sí... es decir, no; pienso estar... Vengo a las fies-

tas... El equipaje no viene conmigo... Llegará mañana... Un mundito... Un mundo....

AUG. (Bajo a Teodoro.) No me gusta nada este viajero...

PACO Condúzcame usted, camarera... (La verdad es que he traído poco equipaje... Está escamado... Mañana me envía el baúl más grande que encuentre... Lleno de piedras...) ¿Es por aquí?

CAM. Sí, señor... tercero... Es lo más alegre... No verá usted más que cielo, por todas partes. (Sale Paco y la Camarera.)

AUG. Ese viajero es un pájaro de cuenta, tal vez uno de esos que llaman ratas de hotel, que cometen los robos más atrevidos con ayuda del cloroformo... ¿No lo has leído en las Memorias de Gorón?

TEO. ¡Qué disparate! Si parece un infeliz, un señorito de pueblo, que viene a divertirse en las fiestas...

AUG. Por si acaso, le cobraremos por adelantado.

TEO. Pero oye; ¿a qué viene ese acento francés, y decir que no hay habitaciones, cuando en todo el hotel no hay más que dos o tres viajeros, y los antiguos dueños que se marcharán en cuanto pasen las fiestas!...

AUG. No entendéis el negocio... El acento es indispensable, y decir siempre que no hay habitaciones, es el A. B. C... del oficio... En todos los grandes hoteles de Francia es lo primero que te dicen: *Monsieur, tout est plein... tout est plein...* Y luego tiene habitaciones y todo lo que pides a *tutiplén* Hay que poseer el arte supremo de hacer valer el género... ¡Ah! Yo estoy en mi elemento...

TEO. Sí, se conoce... Yo, por mi parte, me aburro de muerte... ¡Qué pueblo este!

AUG. ¡Ah! Pero ¿tú pensabas que veníamos aquí a divertirnos? Está visto; la única persona

seria, soy yo... Sí, señor, yo... (Viéndolos llegar.) Viajeros... una viajera... Sí, acabaremos por hacer negocio...

Teo. ¡Qué veo!

Aug. ¿Qué ves?

Teo. Es miss... Ketty... la del circo.

Aug. ¿La de los perritos?... Silencio.

ESCENA IV

Dichos, Miss KETTY y Mr. RICHARD

Aug. *Madame, Monsieur... Passez vous, passez vous...*

Rich (Bajo.) Que éstos serán franceses... o lo hablarán por lo menos...

Teo. *¿Vous parler français? Tant mieux...*

Aug. *Oui, oui...*

Righ. *¿Avez vous des chambres?*

Aug. ¡Oh! señor... *Monsieur*... yo soy francés... pero no hablo francés... Salí de allí muy pequeño... Mis papás me trajeron de París... y la he olvidado todo, no me ha quedado más que el acento...

Ketty. No importa... Yo hablo español... ¿Tienen ustedes habitaciones?

Aud. Por el momento.

Teo. (Bajo). Déjate de farsas... No lo tomen en serio, y se marchen...

Aug. Por el momento... quedan muy pocas disponibles... En las fiestas, las grandes fiestas... ¿Ustedes desean una habitación?

Ket. No, dos...

Aug. Dos juntas...

Ket. O separadas, es igual... Dos habitaciones de un precio módico... Somos artistas... Al llegar aquí nos hospedamos en una casa que nos recomendaron, pero era horrible... Nos dijeron que en este pueblo

no había más hotel medio decente que éste.

AUG. ¡Eh! (Bajo.) ¡Medio decente!

RICH. ¡Oh! ¡Qué horrible pueblo! Y para el negocio no vale nada. Hemos sido engañados al venir aquí.

TEO. Y nosotros también...

KET. De modo que puede usted decirnos el precio...

AUG. El precio... Ustedes saben que estamos en fiestas.

RICH. ¡Oh! buenas fiestas.

TEO. (Bajo). No seas majadero... Rebaja el precio... Si Federico se entera...

AUG. En fin..., por ser ustedes, por tratarse de dos grandes artistas de quien he oído hablar a todo el mundo...

KET. ¡Ah! ¿Nos conoce usted?

TEO. Sí, señora... o señorita... (No confirma nada... No me vale la galantería francesa.) Anoche tuve el gusto de admirar a usted..., a ustedes... ¿Usted no recuerda?

KET. ¡Cómo es posible entre todo un público!

AUG. (Bajo a Teodoro). ¿Para qué presumes, a pesar del chalequito?...

KET. Entonces... ¿el precio?...

AUG. Pagarán ustedes 10 pesetas.

KET. ¡Oh!, es muy caro.

TEO. (Bajo). Descuide usted. Ya será algo menos.

KET. Eh... En fin, es por poco tiempo, y aquí siquiera podremos mal comer y mal dormir.

AUG. (Bajo). Esta señora nos acredita.

KET. ¿Podemos ver las habitaciones?

AUG. (Abriendo las puertas de las dos de la planta baja). Estas dos...

KET. Perfectamente... ¿Los balcones?

AUG. Dan al campo... Es decir, hay delante un convento ruinoso que ahora está destinado a escuela de párvulos, pero detrás está el campo...

KET. Entonces reserve usted las habitaciones.

Nosotros volvemos a decir que nos traigan aquí el equipaje... ¡Ah! como el circo en que trabajamos ahora es una mala barraca, yo no puedo dejar a mis perritos; necesito tenerlos conmigo...

AUG. ¿Son muchos perritos?

KET. Cuatro... muy pequeños; caben en una cesta... No molestan nada.

RICH. Nada; no ladran, no muerden... Yo cuido de darlos de comer, de pasearlos a sus horas... No incomodan nada; menos que una persona.

AUG. Si es así, puede usted traerlos.

TEO. (Bajo). Aunque fueran elefantes.

KET. Eh... Volvemos en seguida. ¡Diez pesetas, es su última palabra!...

TEO. (Bajo). No haga usted caso...

AUG. Cuando ustedes vean el resto del hotel comprenderán ustedes que pierdo; créanlo ustedes, pierdo.

KET. Hasta muy pronto.

RICH. Messieurs...

AUG. *Au revoir...Good bye...* Abur (Salen Miss Ketty y Mr. Richard.)

ESCENA V

AUGUSTO y TEODORO

TEO. ¡Pero qué suerte tiene ese Federico!

AUG. Sí, sí, mucha suerte; ya verás si tenemos algún disgusto.

TEO. ¿Qué disgusto?

AUG. Si Federico emprende su conquista por todo lo alto, y el marido se entera...

TEO. A todo esto, no sabemos si es marido.

AUG. Su marido, no te quepa duda. Han pedido dos habitaciones, y no les importaba que no estuvieran juntas.

TEO. Yo salgo en busca de Federico... Le conozco, y es capaz de esperar la hora de la función a la puerta del circo... ¡Qué sorpresa!

AUG. Sí, sí, tomadlo a broma. Oye. ¿El marido hace algún ejercicio de fuerza?

TEO. Sí; al final sostiene a su mujer con la boca, montada en una bicicleta, y en cada mano levanta un velador con muchas botellas y copas...

AUG. Bueno; pues Federico va a ser la bicicleta, y nosotros los veladores.

TEO. ¡Cobarde! Ahora soy yo el que está en su elemento. Por fin cayó aventura... Amores, emociones... Acción y pasión, lo que es el teatro, lo que es la vida. (Sale.)

ESCENA VI

AUGUSTO y CAMARERA

AUG. Oiga usted.

CAM. Mande usted.

AUG. ¿Ha dejado usted al viajero del 12 *bis* en su cuarto?

CAM. Sí; señor.

AUG. ¿No ha notado usted en él algo sospechoso?

CAM. ¿Yo? (Si sabrá...) No he reparado.

AUG. Pues no le quepa a usted duda; ese viajero es algún malhechor de mucha cuenta. Hay que vigilarle.

CAM. A mí me parece un infeliz.

AUG. Hay algo raro en él. La incoherencia de sus palabras, un mirar inquieto... Y sobre todo el equipaje. ¿Qué puede llevar en esa maleta? Los instrumentos de su oficio, ganzúas, linternas sordas, un estilete, cloroformo...

CAM. Por Dios, señorito, ¿de dónde saca usted todo eso?

AUG. Tú no has leído las Memorias de Gorón. Verdad que aquí no estamos tan adelantados como en Francia; pero, nada, nada, yo, por si acaso, voy a dar parte...

CAM. No haga usted eso...

AUG. ¿Eh? ¿Tú me aconsejas?... ¿Tú crees que no debo?... (¿Será su cómplice?) ¿Cuántos días dices que llevas aquí?

CAM. Quince días; ya se lo dije a usted.

AUG. (Hay combinación.) ¿De dónde viniste?

CAM. De los baños de Fuenteclara. ¿No se acuerda usted?

AUG. ¡Ah, sí! Los baños que sirven para que no se acabe el mundo. ¿Y por qué viniste de allí?

CAM. ¡Qué pregunta! ¿Será usted capaz de creer algo malo de mí?

AUG. Creo que tú conoces a ese viajero, y que algo me ocultas...

CAM. Pues, sí, señor, que le conozco, y por eso dije que era un infeliz. El me encargó que no le descubriera; pero a usted qué le importa...

AUG. ¿Conque no me importa?

CAM. Quiero decir que no le importa a usted a lo que viene. Y antes de que usted se figure lo que no es, y esté usted con cuidado, mejor es que lo sepa todo.

AUG. Todo, todo. ¿Quién es ese viajero?

CAM. Pues empiece usted porque no es viajero. Es de aquí, de Moraleda, y es novio de la hija del antiguo amo de la fonda.

AUG. ¿De Asunción, la niña de don Isidoro?

CAM. Sí, señor; verá usted. El creo que no tiene dinero, pero la señorita está muy enamorada de él, y aunque su padre no quería que la quisiera, y doña Hortensia, su tía, menos, porque como ella no se ha casado, ni se casará, no puede ver que nadie ten-

ga novio, y hasta con los gatos la tiene tomada.

AUG. No divagues, mujer.

CAM. Pues bien; que como la señorita se moría si no la consentían el novio, se lo consintieron por fin, porque don Isidoro pensaba que el hombre serviría de algo en el hotel; pero como se ha quedado sin el hotel, pues ya no les sirve de nada, y el padre dice ahora que no consiente que su hija se case con un hombre que no le sirve para nada... Y le ha prohibido entrar aquí, y a la señorita la tienen muy vigilada, y los pobres no pueden verse, y por eso el señorito Paco...

AUG. ¿Se llama Paco?

CAM. Sí, señor. Lo mismo que mi padre. Pues ha discurrido venir a la fonda como un viajero; y lo que él dice; estando aquí, malo será que no llegue alguna ocasión de verse...

AUG. ¿Y si se entera el padre?

CAM. Los mata, porque don Isidoro tiene unos prontos, pero luego se le pasa, y dejará que se casen.

AUG. Después de muertos...

CAM. El dice que pensaba venir disfrazado con una barba postiza; pero tuvo miedo que se le conociera y le tomaran por algo malo.

AUG. A mí con disfraces... Aun así no lo he conocido.

CAM. Ya, ya, señorito; ya se ve que a usted es muy difícil engañarle... No le diría yo a usted una cosa por otra.

AUG. Tú no le digas que yo sé nada.

CAM. No, señor; ya ve usted, me ha dado cinco duros para que me calle.

AUG. Pues me debes 50 reales, porque yo también pienso callarme. Lo que vas a decirle, como cosa tuya, es que cuando un viajero

se presenta sin equipaje, es costumbre cobrarle adelantado.

CAM. Señorito, a mí me da mucho reparo decírselo. Un señorito tan decente... Mire usted, mejor se lo digo a la señorita, y que ella me dé el dinero.

AUG. No faltaba más... ¡A la señorita! Bueno, bueno; lo principal es que no vayan a dar un escándalo; ten mucho cuidado.

CAM. Descuide usted. Yo haré que se vean y se hablen sin que don Isidoro ni la señora se enteren. No es la primera vez.

AUG. Yo también haré lo que pueda en su obsequio. ¡Ah, el amor! ¡Pobrecillos! ¡Romeo y Julieta! ¡Silencio! Aquí está la familia... Vete.

CAM. Deseaba usted otra... ¡Ay! Usted perdone, se me había olvidado... (Sale.)

ESCENA VII

AUGUSTO, DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN y DON ISIDORO

AUG. Hortensia, Asunción, don Isidoro... Muy buenas tardes.

ISID. Muy buenas.

HORT. Beso a usted la mano.

AUG. ¿De dar un paseíto por esas calles? Ahora está esto muy animado.

ISID. No, señor, no estamos para fiestas. De hacer las visitas de despedida.

HORT. ¡Ay!

ASUN. ¡Ay!

AUG. ¿Piensan ustedes marcharse pronto?

ISID. Sí, señor, pasado mañana a Calzadilla, a a una finca de campo que tenemos allí; los ahorros de tanto trabajo y de tantos afanes.

HORT. ¡Ay! Trabaje usted para que luego cualquiera se crea con derecho a lo que es de uno.

AUG. Permítame usted...

ISID. Usted disimule... Hortensia, no hables de eso... Pues, sí, señor, pasado mañana nos vamos; ya hemos abusado bastante del del favor que nos hizo don Federico, permitiendo que continúaramos aquí.

AUG. No faltaba más. Ustedes están en su casa.

HORT. ¡Y tan nuestra!

ISID. Hortensia, el señor no tiene la culpa. Su deber es servir a quien le paga, y nada más.

AUG. Sí, señor, a quien me paga... a quien me pagará.

HORT. Créame usted, no se tome demasiado interés por lo que no es suyo.

AUG. Y usted, señorita, ¿siente usted mucho dejar esta ciudad?

ASUN. ¿Yo?...

AUG. (Me confunde en su odio, es natural. ¡Pobrecilla! Voy a congraciarme)... Aquí deja usted tal vez sus afectos.

HORT. Eso no. Lo que deja no vale la pena. Si por algo me alegro, es por eso, por quitarla cuatro tonterías de la cabeza.

ASUN. ¡Tonterías, tonterías! Si ustedes no me hubieran ilusionado...

ISID. Asunción, hija mía, que a este señor no le importa nuestra vida privada.

AUG. No se aflija usted, señorita. (Bajo.) Todo se arreglará.

ASUN. ¿Qué?

AUG. (Bajo.) Está aquí.

ASUN. ¿Quién?

AUG. Paco, Paquito.

ASUN. ¿Qué dice usted?

AUG. Disimule usted su alegría.

ASUN. Estoy muy triste, sí, señor, muy triste.

ISID. En el campo, en campo se le pasará.

HORT. En el campo se quitan todas las tonterías.

AUG. Yo, con su permiso, voy a mi despacho.

HORT. Usted lo tiene.

AUG. A los pies de ustedes... D. Isidoro... (Bajo a Asunción.) Voy a combinar la entrevista. (Sale.)

ESCENA VIII

DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN y DON ISIDORO

HORT. Este hombre tiene unas trazas de trapisondista... Haciéndose el francés, y diciendo a todo el mundo que no hay habitaciones... ¡Qué farsante!

ISID. Mujer, es que nosotros estábamos a la antigua: esto es, lo moderno, lo francés. Yo vuelvo a salir; voy a quedar con el embalador en que venga mañana a recoger nuestros muebles.

HORT. En estos días de fiestas no hay que contar con nadie; ya te lo he dicho.

ISID. Es que yo quiero salir de aquí pasado mañana, y la verdad, estoy molesto. No me gusta agradecer favores a nadie.

HORT. Más tiene que agradecernos a nosotros don Federico... Encontrar un negocio como éste, acreditado por nosotros...

ASUN. Si ese señor supiese que sólo ha venido para hacer la desgracia de toda mi vida... Por supuesto que no es él, sois vosotros.

ISID. Asunción, hija mía, ya te he dicho que yo no me opongo a que te cases con Paco; pero hasta que no tenga una posición; porque vamos a ver, ¿qué es ahora ese chico?

ASUN. Es un intelectual, y además está empleado en el Gobierno civil...

ISID. Con 25 duros; si eso es ser intelectual, si a eso puede llamarse posición... Si algún día se coloca mejor, si tiene suerte.

ASUN. Eso es, cuando haya pasado lo mejor de mi vida.

HORT. Una mujer soltera está siempre en lo mejor de su vida.

ISID. Eso lo dice usted porque usted no ha querido nunca; porque para usted, como si no existieran los hombres.

ISID. Eso no... Viceversa.

HORT. Porque al quedar viudo tu padre comprendí que mi puesto estaba a su lado, al tuyo. Y si alguno me habló de amor, yo supe alejarle con esta sola consideración: «Caballero, no puedo ser su esposa; soy madre.»

ISID. Era para alejarse.

HORT. Yo sabía el por qué lo decía.

ISID. ¿Vosotras no volvéis a salir?

HORT. No; ya nos hemos despedido, y sería ridículo que nos volvieran a ver por la calle.

ISID. Pues hasta luego. (Sale.)

ESCENA XI

DOÑA HORTENSIA y ASUNCIÓN

HORT. No comprendo la prisa de tu padre para que nos vayamos. Tu padre no piensa en nada; yo tengo mis planes.

ASUN. ¿Qué planes?

HORT. Si tuvieras sentido común y fueras capaz de hacerme caso, lo que hoy nos parece un contratiempo podrá ser nuestra felicidad; es decir, la tuya.

ASUN. ¿Qué quiere usted decir?

HORT. Lo que a mí no tendría que decirme nadie en tu caso. ¡Qué pasaría! ¿No te ha pasado nada por la imaginación al ver llegar al nuevo dueño del hotel? Un joven soltero, distinguido, soltero..., amable; porque nos haya hecho una mala obra, no hay que quitarle su mérito; soltero...

ASUN. Ya me lo ha dicho usted tres veces.

HORT. Con una debía haberte bastado... Heredero universal de su tío... ¿Puede compararse con ese pelagatos?

ASUN. Antes no les parecía a ustedes pelagatos, cuando pensaban ustedes explotarle teniéndole aquí como un negro en el escritorio. ¡Y el pobrecito mío, tan conforme! Yo le había hecho unos manguitos para que no se rozara los codos.

HORT. Ahora le servirán para no comérselos. Lo que yo te digo es que don Federico se ha fijado en ti con cierta simpatía desde el primer momento, y que su interés porque permanezcamos aquí ha sido por algo.

ASUN. Pero, ¿qué quiere usted? ¿Que yo me arroje en sus brazos como una mujer sin decoro? ¿Es eso lo que se propone usted? ¿Para eso me han educado ustedes en el convento? ¿Qué diría Sor Dorotea si la oyese a usted aconsejarme de ese modo? Diría que el infierno habla por su boca de usted.

HORT. Eres una simple, y la culpa me tengo yo por haber perdido parte de mi juventud velando por tu educación.

ASUN. A eso llama usted educación, a decirme esas cosas..., que me case con un hombre a quien no quiero..., y si mañana fuera una mala esposa, ¿quién tendría la culpa?

HORT. Corriente. Esta misma noche nos vamos de aquí. Diré a tu padre que anticipe el viaje; le diré que si estás aquí un día más, serás capaz de hacer una locura, de escaparte...; le diré que te he sorprendido hablando con él, y le diré más; le diré que ese trasto ha tenido el atrevimiento, aprovechando el cambio de personal de la fonda, de presentarse aquí haciéndose pasar por un viajero, y que está aquí sabe Dios para qué.

ASUN. Por Dios, tía, si lo sabe todo usted, no se

lo diga usted a papá. ¿Cómo ha sabido usted que está aquí?

HORT. ¡Ah! ¿Conqué es verdad? ¡Nunca se me hubiera ocurrido!

ASUN. Pues por desgracia se le ha ocurrido a usted. ¿Pero no lo sabía?...

HORT. Yo lo dije como una invención, para decidir a tu padre a que anticipara el viaje. Pero es verdad... ¡Qué atrevimiento! Y tú, ¡desgraciada!, ¿te prestabas así a comprometerte? ¡Ese hombre aquí, contigo, bajo el mismo techo!

ASUN. Eso no, tía; en un hotel, cada habitación tiene un techo particular.

HORT. Deja que venga tu padre... Yo se lo diré todo, y como le encuentre, porque de aquí no sale, yo tendré buen cuidado.

ASUN. Por Dios, tía, no le diga usted nada a papá... Yo haré que se vaya en seguida, ahora mismo, haré que le avisen...

HORT. No, ahora no; tu padre volverá en seguida, y puede encontrarle al salir. Quiero evitar un disgusto... Cuando vuelva tu padre, entonces...

ASUN. Cuando usted quiera...

HORT. Y hasta que nos vayamos no te separes de mí, y esta noche duermes en mi habitación, y yo en la tuya, y te cierro por fuera.

ASUN. Pues si me cierra usted por fuera, ¿para qué quiere usted que cambiemos de habitación?

HORT. Es que quiero saber a dónde lleva ese hombre su atrevimiento.

ASUN. Pero tía, ¿qué se figura usted?

ESCENA X

Dichos, DOÑA PASTORA, TERESITA, DON GUMERSINDO y POLI

GUM. ¡Doña Hortensia! ¡Asunción!

PAS. ¿Cómo están ustedes?

HORT. Ah, don Gumersindo... Doña Pastora... Tanto gusto... Ustedes por aquí, y usted tan guapa...

TER. Asunción, ¿cómo estás?

ASUN. Regular, ¿y tú?

TER. Yo, muy feliz.... Casada hace tres días... todavía en la luna de miel... Mira...

ASUN. No me había fijado... Tiene cara de bueno.

TER. Todo lo que se diga es poco... ¿Y tú?

ASUN. No me hables... Soy muy desgraciada.

GUM. Pues, sí, señores, a las fiestas. ¿No saben ustedes la novedad? Se nos ha casado Teresita... Ahí tienen ustedes al novio... Policarpo, Policarpo...

POLI ¿Qué quieren ustedes?

GUM. Ven que te enseñe a estos señores... Este es mi yerno...

HORT. Por muchos años...

POLI Para servir a ustedes... ¿Están ustedes buenos?

GUM. Pues, sí señor; se casaron hace tres días en Calzadilla, y pensamos mandarlos aquí a que pasaran la luna de miel en las fiestas... ¿Dónde mejor? De no ir al extranjero... Pero a ésta le entró pasión de ánimo de separarse de su hija... A mí me entró envidia de verlos tan acaramelados, y aunque él aun no está para meterse en gastos, ¡qué demonio!, todos los días no se casa una hija, y cuando no se tiene más que una, mucho menos.

HORT. Seguramente.

GUM. Pues tuve un arranque, y le dije a ésta: ¡Qué demonio, Pastora! Por dos o tres mil reales más o menos, vamos a echar una cana al aire y a recordar nuestros tiempos en compañía de los muchachos, que parece que se rejuvenece uno... Y aquí nos tiene usted, dispuestos a divertirnos en grande.

HORT. Muy bien pensado... ¿Pero no saben ustedes?...

GUM. ¿Qué?

HORT. Que ya no es nuestra la fonda.

PAS. ¿Qué me dice usted? ¿No les iba a ustedes bien?

HORT. Sí, señora; pero el señor que nos la cedió a nosotros por diez años, ha muerto, le ha heredado un sobrino, y al cumplir el plazo se ha hecho él cargo de la fonda...

GUM. Pero todo seguirá igual: los mismos precios, el mismo trato...

HORT. Sí, sí; hasta ahora sí.

GUM. Si nos pudieran dar los cuartos que hemos tenido otras veces...

HORT. Sí, señor; están desocupados. Este año hay poca animación, como faltan los toros...

GUM. Sí, sí; ya sé que el Ayuntamiento no ha dado para las corridas, y sólo hay una novillada. ¡Qué Ayuntamiento! En Calzadilla, con ser un pueblo, hemos tenido dos corridas formales.

HORT. Pero esperen ustedes... Don Augusto, don Augusto, es el nuevo encargado... Don Augusto... Viajeros...

ESCENA XI

Dichos y AUGUSTO

AUG. ¡Señores!

GUM. Muy señor mío...

HORT. Estos señores, antiguos amigos nuestros, que ya han pasado aquí algunas temporadas, desean...

GUM. Dos habitaciones con dos camas.

POLI O con una de matrimonio.

TER. ¡Calla!

GUM. Bueno; una con dos y otra con una.

AUG. Por el momento no tenemos habitaciones...

GUM. (A Hortensia.) Pues no decían ustedes...

HORT. (¡Qué farsante!...) El señor lo sabrá mejor...

AUG. Pero todo puede arreglarse.

PAS. ¡Vaya!

AUG. Tenemos algunas reservadas para el Gran Duque de Baden-Baden, que las ha pedido por telégrafo, pero no sabemos cuándo vendrá. Puede presentarse ahora mismo, puede no presentarse nunca... Esos grandes personajes son muy caprichosos en sus viajes... Mientras no lleguen, puedo ofrecerles dos magníficas habitaciones con vistas al gran patio central del hotel, que son las más frescas en invierno y las más calurosas en verano... ¡Uy!... Al revés.

GUM. Pues vamos allá. Queremos lavarnos un poco para echarnos en seguida a la calle a verlo todo.

PAS. Lo primero es cumplir con los de Rebollo; si supieran que estábamos aquí y no habíamos ido lo primero a visitarlos, sería una vergüenza; después del regalo de boda que han hecho a Teresita y de la carta tan fina que nos pusieron.

GUM. Como quieras... El precio ya nos ha dicho doña Hortensia que es el de siempre...

HORT. Eso tengo entendido...

AUG. Oh, sí, por ser ustedes, aunque en el hotel se han introducido mejoras que le coloca a la altura de los primeros de Europa y el primero de Moraleda. Vengan ustedes... En esta galería, 2 y 4... Uno con dos camas, como ustedes desean; otro, con una sola gran cama de matrimonio.

PAS. Dirá usted que nos traigan el mundo... Vamos, niños...

ASUN. ¡Qué feliz eres!

TER. Tan feliz, que no puedo aconsejarte más que una cosa. Cásate, cásate... te aseguro que no te pesará...

POLI Vamos, Teresita...

TER No vuelvas a decir esas cosas delante de gente. ¡Me da mucha vergüenza!

POLI ¿Por qué, cielo? Si ya eres mi mujercita. ¿Por qué tienes tú que tener vergüenza?

TER. ¿Qué importaba que el cuarto fuera con dos camas, como el de papá y mamá? Con deshacer una por la mañana, todo estaba arreglado. Me has dado un sofoco, lo que se llama un sofoco...

POLI ¡Tonta? Si lo que yo quiero es que lo sepa todo el mundo, que todos nos envidien... (Salen.)

ESCENA XII

DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN, MISS KETTY y MR. RICHARD, seguidos de mozos con baúles.

KET. Ya estamos de vuelta... ¡Ah!... ¿El encargado del hotel?

HORT. En seguida viene... Esperen ustedes.

KET. No, si ya tenemos tomadas habitaciones... Son éstas... Si son ustedes de la casa, hagan el favor de decir que ya estamos aquí... Dejen ustedes en esos cuartos el equipaje... El baúl grande en este, el pequeño y las maletas en el otro...

RIC. *Prenez garde*... Cuidado... *Mesdames*. (Entra en su cuarto.)

KET. (Mirando un cesto que trae en la mano.) Bob, Black. Riquiqui... ¡Pobrecitos! ¿Estáis asustados? ¿Tenéis hambre? ¡Pobrecitos!

HORT. ¿Con quién hablará?

KET. Señoras... (Entra en su cuarto.)

ASUN. Teresita casada... ¿Lo ve usted? Con el hombre que ella quiere, y sus padres tan contentos.

HORT. Ya lo creo. El novio es el hijo del primer contribuyente de Calzadilla, que no se dejará ahorcar por cincuenta mil duros. Teresita no es tan tonta como tú... Sabe lo que se pesca, y lo ha pescado. (Sale Augusto.)

Don Augusto... En esas habitaciones se han metido una señora y un caballero, que dicen que ya han hablado con usted.

AUG. ¡Ah, sí! Son extranjeros... artistas... ¿Han traído ya los perritos?

HORT. ¿Los perritos? ¡Ah, sí! Ahora comprendo con quien hablaba... Sí; los trae en una cesta.

AUG. Voy a preguntarles si desean algo. (Llamando á la puerta de Mr. Richard.) *Monsieur..., monsieur.*

RICH (Dentro.) *Entrez, Entrez.*

AUG. (Abriendo y cerrando la puerta en seguida.) Uy... Usted perdone... Se está dando una ducha... vuelvo, vuelvo..

HORT. ¡Qué imprudencia! Y no cierra la puerta.

AUG. Estos artistas... La señora estará lo mismo... Voy a ver... *Madame, madame...*

KET. (Dentro.) No se puede...!

AUG. Aquí han cerrado... No se puede, en efecto... Y la llave en la cerradura...

HORT. Pero, ¡don Augusto!...

AUG. No se ve, no se ve nada.

HORT. Asunción, vamos... Tenemos que hacer aún dos baúles... Cuando vuelva mi hermano le dice usted que estamos en mi cuarto.

AUG. Descuide usted...

HORT. Agradeceré a usted que trate con consideración a esos señores... Es una familia excelente...

AUG. Les he dado las mejores habitaciones y pagando mesa de segunda, comerán en la de primera.

HORT. En eso sabe usted que no hay más diferencia que el precio.

AUG. ¡Ah, sí, señora! Ahora sí... Los de primera tienen dos ramos de flores artificiales en la mesa y el mantel y las servilletas se mudan todos los meses.

ASUN. ¡Teresita casada!

HORT. En cuanto vuelva tu padre, manda que se

marche ese caballerito... ese Trovador...

ASUN. Sí, tía, sí; se marchará... Pero no dejaremos de querernos... (Salen Hortensia y Asunción.)

ESCENA XIII

AUGUSTO y MISS SMITH, que sale de su cuarto.

AUG. ¡Uf!... La inglesa... Si se echa así a la calle tenemos un conflicto con Inglaterra...

SMITH Caballero... Usted puede darme un... como se diga... un dibujo de este pueblo...

AUG. ¿Un dibujo?

SMITH Una cosa de las calles, paseos... esta cosa, como se diga... Plano...

AUG. ¿Un plano?

SMITH Esto es... Plano, plano...

AUG. Pues no, *milady*, no tenemos.

SMITH ¡Ah, no me gusta! Lo gusta mejor ver todo sola... pero sin esta cosa... me pierdo... ¿Usted tiene un *cicerone*?

AUG. Sí, *milady*; un *cicerone*, muchos *cicerones* inteligentes a la disposición de los señores viajeros.

SMITH ¿No habla inglés uno?

AUG. En este momento, no... pero acompañará a usted... (Ha llamado y sale la camarera.) (Bajo.) Escucha, busca un chico cualquiera que acompañe a esta señora por ahí; quiere verlo todo...

CAM. Diré que lo busquen. (Sale.)

AUG. En seguida tendrá usted el más inteligente, que le enseñará a usted todos los monumentos de la ciudad...

SMITH Sí, sí, monumentos; todas las cosas, quiero verlo todo... yo anda tóda España...

AUG. (¡Y vive todavía! Luego hablan de nosotros.)

CAM. (Entra.) Ahí está uno. Melitón, el zagal del coche. (Entra un mozo muy zafio.)

AUG. Cuando usted guste. El *cicerone* espera.
SMITH ¿El *cicerone*?
AUG. No ha tenido tiempo de ponerse el uniforme... Es el traje del país... Acompaña a esta señora...
MOZO Yo no me atrevo... Mire usted que voy a tener cuestiones.
SMITH ¿Qué diga?
AUG. Nada, nada. Pregunta donde desea usted ir. Vamos, haz lo que se te manda...
MOZO Bueno, yo iré muy delante. Pero si me dicen algo...
SMITH Vamos... fuera, a la luz, hace su fotografía... Curioso...
AUG. Luego dirás, te retrata y todo...
MOZO ¿En la calle? A mí no me retrata...
AUG. ¿Cómo se entiende?
SMITH ¿Qué diga?
AUG. Nada, nada... Vaya usted, vaya usted... (El conflicto internacional no lo evita nadie.) (Salen la miss y el mozo.)

ESCENA XIV

AUGUSTO, DON ISIDORO, después DOÑA PASTORA, TERESITA, DON GUMERSINDO y POLI. (D. Isidoro atraviesa la escena.)

AUG. Don Isidoro, su hermana de usted y la niña están en su cuarto arreglando los baúles.
ISID. Muchas gracias. (Salen doña Pastora, don Guimersindo, Teresita y Poli.)
GUM. ¿Podemos dejar las llaves puestas?
AUG. Mejor es que las dejen ustedes en el despacho... la puerta de al lado...
GUM. Sí, ya sé...
AUG. ¿Y si tienen ustedes alhajas?
PAS. Las llevamos todas encima...

AUG. O valores...

GUM. Es verdad, en tiempo de feria hay siempre rateros. No quiero llevar más que lo preciso, voy a confiarle a usted...

AUG. Lo que usted quiera... Se guardará en la caja....

GUM. Tenga usted 750 pesetas.

POLI Yo tampoco quiero exponerme a que me roben. Tome usted...

AUG. Cincuenta pesetas.

GUM. Pero hombre, no vale la pena...

POLI Sí, sí; con unas pesetas sueltas tengo bastante. Aquí lo paga usted todo.

AUG Voy a extenderles a ustedes un recibito.

GUM. Como usted quiera.

AUG. ¿El nombre?

GUM. Gumersindo Baldomero... Baldomero es apellido...

AUG. (Escribiendo.) Gumersindo Baldomero y familia... 750 y 50... 800 pesetas... Tome usted.

GUM. Muchísimas gracias.

AUG. Y ahora... ¿A verlo todo?

PAS. Sí, señor, todo.

AUG. No falta, no falta. Y eso que han perdido ustedes la diana, los cabezudos, el reparto de bonos; es no parar...

GUM. En estos días ya se sabe... Lo único que hace falta es dinero... Vamos, Pastora, Teresita...

POLI Cógete de mi brazo; así, muy juntitos. Que todo el mundo se fije...

TER. Pues yo no quiero que todo el mundo se fije... Me da mucha vergüenza...

GUM. Echad delante... Le rejuvenecen a uno... Dame el brazo también, Pastora...

PAS. Sí, sí... andaré mejor, porque estoy falta de los pies...

GUM. Hasta luego...

PAS. Caballero...

AUG. Que ustedes se diviertan. (Salen.)

ESCENA XV

AUGUSTO y después PACO muy asustado

PACO (Asomándose con timidez.) ¿Hay alguien?
AUG. ¿Quién es? ¡Ah, Romeo!...
PACO ¿No está por ahí don Isidoro?
AUG. No... ¿Pero dónde va usted?
PACO Fuera de aquí, corriendo, volando... Ya sé que usted me conoce...
AUG. Pero....
PACO Es verdad. Debo unos minutos de estancia... un día entero... ¿No es eso?
AUG. No, no debe usted nada... Pero se va usted así... sin ver a su novia...
PACO ¿Y cómo?... Si estoy descubierto... Su tía lo sabe... lo sabrá su padre... Me avisa lo ocurrido con la camarera... Estás descubierto... Vete en seguida... Siempre la misma...
AUG. ¿Y usted se va... así?
PACO Ya lo creo. Usted no sabe cómo la tienen tomada conmigo ese padre y esa tía...
AUG. Pues usted no se va... Usted se queda aquí... Usted hablará con su novia... Usted se casará...
PACO ¿Qué me dice usted?...
AUG. Nada, nada... Yo le protejo a usted... Usted no hace más que cambiar de habitación. Yo le tendré a usted aquí... en la mía... tiene puerta de escape por el despacho y en el despacho una escalera de caracol que comunica con el piso segundo, donde está su amada...
PACO Sí, sí; la conozco. Era lo que don Isidoro me destinaba cuando yo no le parecía tan mal para yerno... He soñado muchas veces con ella como con un paraíso...
AUG. Aquí no le buscarán a usted. Entre usted

por el despacho. Pronto... no venga alguien...

PACO Voy, voy. Cómo agradecer a usted... ¿Usted fuma en boquilla? Voy a regalarle a usted una de ámbar y espuma culotada por mí que ha quedado preciosa...

AUG. Gracias, muchas gracias..... Que viene gente...

PACO Voy... voy... (Sale.)

ESCENA XVI

AUGUSTO y FEDERICO

AUG. ¡Hola!

FED. ¡Hola!

AUG. Chico; el negocio prospera. Tenemos el hotel rebosante...

FED. Sí, ¿eh? ¿Han llegado ya todos esos príncipes que esperas de un momento a otro?

AUG. No te burles... Yo te aseguro que aquí hay negocio... ¿No has encontrado a Teodoro? Salía a buscarte... Y a ella, ¿tampoco la has encontrado?

FED. ¿A ella? ¿A quién? ¿Te ha dicho algo ese majadero de Teodoro? Eso cree él, que estoy chiflado por ver a una mujer un momento... Ese Teodoro, como él es así, cree que todos...

AUG. ¡Ah! ¿Conqué no te interesa?

FED. Nada, hombre, nada. Ni me acordaba ya.

AUG. Y yo que esperaba darte una alegría diciéndote...

FED. ¿Qué?

AUG. Que esa mujer está ahí.

FED. ¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el hotel? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿En qué cuarto? ¿Ella sola? ¿Qué ha dicho? ¿Es inglesa? ¿Habla español? ¿Dónde está? Supongo que la habrás dado la mejor habitación... y que...

AUG. Todo eso porque no te interesa.

FED. Sí, sí me importa. Es una mujer ideal, una distinción... un aire... ¡Si la vieras!

AUG. Si la he visto...

FED. No, si la vieras en el circo... entre aquella gente... Recuerdo uno de esos cuentos de niños robados a una familia noble por unos volatineros... No, no es posible que esa mujer haya nacido haciendo títeres.

AUG. Ni nadie.

FED. Cuando saluda al público y su boca sonríe dulcemente, sus ojos, siempre tristes, parecen compadecerla.

AUG. Mira, aquí no estamos para hacer literatura. En fin, ahí la tienes, y en el cuarto de al lado a su... lo que sea... a monsieur, su acompañante.

FED. ¿En otro cuarto? ¿Separados? ¿Ha sido idea tuya?

AUG. No; suya. De bastante hubiera servido que yo los separase; si ellos querían estar juntos...

FED. ¿Y dices que está ahí? En la peor habitación, triste, obscura. No, no; ahora mismo voy a disponer que se traslade a la mejor, a las mejores... dos habitaciones para ella sola.

AUG. Te advierto que no están dispuestos a gastar mucho.

FED. ¿Pero tú crees que a esa mujer voy a cobrarla nada?

AUG. ¡Ah! Piensas... ¡Estamos lucidos! ¿Y eras tú el que querías ser negociante?

FED. Negociante para los negocios; pero antes soy caballero... Avisa, llama... ¿Qué habitación es la mejor del hotel?

AUG. La mejor está ocupada; es la de esa señora inglesa que paga treinta pesetas... no es cosa de...

FED. ¿Qué no? (Toca un timbre.) Ahora mismo se hace la mudanza. ¡Camarera... chicos!...

AUG. ¡Pero tú estás loco! ¿Tú crees que así es

posible llevar un negocio? Pero tú crees... Mi seriedad... ¿Qué dirá esa señora?
(A un tiempo.)

FED. Mira, yo hago lo que me da la gana... No faltaba más... Para una mujer guapa que hemos encontrado...

CAM. ¿Qué manda el señor?

AUG. Nada, nada. Aquí mando yo, tengo poderes, soy el gerente...
(A un tiempo.)

FED. Vete a paseo... Yo soy el amo, se hace lo que yo mando...

CAM. Cuando ustedes se entiendan...

FED. Ahora mismo vas a decir a esa señora que ocupa ese cuarto que tiene a su disposición otro cuarto mejor, el mejor del hotel...

CAM. El cuatro, el de la señora inglesa...

FED. Eso es; y avisa en seguida, para que muden el equipaje de los dos en seguida, en seguida...

AUG. ¡Ah, seriedad, mi seriedad! Ahora comprendo que haya ministros que dimitan...

CAM. ¿Pero sabe ya esa señora?...

FED. Como si lo supiera... Se la dice que han llegado esos príncipes... Para algo los has inventado.

CAM. Le advierto a usted que esa inglesa tiene el cuarto lleno de cachivaches...

AUG. Armará un escándalo...

FED. Que lo arme... Haz lo que te he dicho...

AUG. ¡Federico! ¡Federico!

FED. En seguida...

CAM. Corriente... A mí... Pero a esa señora le va a sentar la mudanza como un tiro. (Entra en el cuarto de Ketty, después de llamar á dos criados del hotel que entran el cuarto de miss Smith.)

AUG. Menos mal que puede ser que le hayan dado el tiro a estas horas... (Empiezan a sacar ropa y cachivaches del cuarto de miss Smith, todo revuelto.) Y a todo esto, ¿qué explicación vas a dar a esta otra? Porque ya comprenderás que no se la cambia de cuarto por su

linda cara, es decir, sí, por eso, por su linda cara... Pero no es una explicación...

FED. La diré que estoy loco...

AUG. Eso sí es una explicación... para ella... Y el acompañante...

ESCENA XVII

Dichos, KETTY y la CAMARERA

KET. Caballero...

FED. Señorita... (Es ella, es ella... La misma... Lo dudaba todavía.)

AUG. Pues en la duda, la habías hecho buena... El equipaje de la inglesa... diez mil libras esterlinas de daños y perjuicios... no lo hacemos con menos...

FED. ¡Calla!

KET. Me dice la camarera que tengo a mi disposición otro cuarto...

FED. Sí; un cuarto digno de usted, de una artista como usted... Si yo hubiera estado antes... perdone usted... el encargado es muy torpe...

AUG. Desprestígiame también... no faltaba otra cosa...

KET. Muy amable, muy amable... Aun no había deshecho el equipaje... Puede hacerse el cambio fácilmente...

CAM. Y ahora, todo esto... (Señalando el equipaje de la inglesa.)

FED. Dejadlo ahí de cualquier manera...

CAM. Por mí... (A los mozos.) A este cuarto todo...

KET. Voy a prevenir a Richard del cambio...

FED. ¿Su esposo de usted?

KET. No es mi esposo...

FED. ¿Su hermano?

KET. No es mi hermano...

FED. Ya no pregunto más; sería indiscreción...

KET. Seguiría siéndolo... Richard... Richard... (Entra en el cuarto de Mr. Richard.)

AUG. ¿Te enteras?

FED. Es adorable, es adorable. Yo mato a ese hombre.

AUG. Sí, ahora un asesinato, para concluir de acreditar el hotel.

KET. (Sale.) Agradece mucho la atención de ustedes...

AUG. Acaso les moleste a ustedes estar separados...

KET. Es igual... A veces vivimos en hoteles distintos...

FED. (Queriendo coger la cesta de los perros que lleva miss Ketty.) ¿Me permite usted?

KET. Muchas gracias, no; extrañarían; no puedo dejarlos. Son mis perritos...

FED. ¿Los perritos?

KET. Debo cuidarlos mucho. Es toda mi fortuna...

FED. Toda su fortuna. ¿Puede usted decir eso?

KET. Habrá quien no lo crea, ¿verdad? Pues sí, señor, toda mi fortuna. (Entra en el núm. 4.)

FED. ¿Has oído? ¡Qué majestad, qué delicadeza! ¡Es toda su fortuna!... Esa mujer no puede ser una mujer cualquiera. Esa mujer es alguien... En su vida hay una novela... un misterio. Yo lo descubriré todo. .

AUG. Calla... Esta es otra.. Teodoro al frente de un batallón... ¿Qué será esto?

ESCENA XVIII

Dichos, LA CAMELIA, LA DALIA, TEODORO, EL CHURRERITO, EL CHICO DE LA ÚRSULA y REGUERA. (Entran con gran algazara.)

TEO. ¡Vaya un personal lucido que traigo! Y sin bajar a la estación... ¿Sirvo para gancho?

AUG. ¡Lolilla... Leonor!... El gran Reguera...

REG. ¡Chicos! ¡Qué sorpresa! (A Federico.) ¿Conque murió tu tío?... ¡Sea enhorabuena!

DALIA ¿Pero es verdad que esta fonda es tuya?
TEO. No quería creerlo...
CAME. Ni yo lo creo todavía... ¡Valientes guasones! Bueno; a nosotras, con tal de que luego no nos cobren, nos colocáis donde os dé la gana...
TEO. ¿Qué os han de cobrar? No faltaba más...
AUG. (Bajo.) Ah... ¿Pero es que?... Con vosotros no hay negocio posible...
TEO. (Idem.) ¡Pobres chicas! Dicen que estaban en una casa de viajeros infecta... ¡Tan simpáticas!
AUG. Y Reguera, ¿también viene convidado?...
TEO. Ese, no sé...
REG. Pues yo a los toros, como siempre, aquí con mi amigo... ¿No le conocéis?
FED. Viniendo tú con él, no hay que decir, que será el torero de moda...
AUG. Sí; cada temporada coges a uno por tu cuenta, y le acompañas a todas partes.
REG. Como éste no hay otro... *Frascuelo*, *Lagartijo* y Guerra, todos juntos...
CHUR. Don José que me quiere.
REG. Esta es la última novillada que torea... En seguida la alternativa...
FED. ¿En Madrid?
CHICO No, señó; en Guadalajara.
REG. En Madrid le tienen miedo. ¡Si no ha nacido otro!
CHUR. Don José que me quiere.
REG. Este otro amigo, es su banderillero y peón de confianza... Chico de la Úrsula...
CHICO Para servir a ustés.
REG. Un torero muy apañaito también, tóo se lo trae hecho.
CHICO Y lo que es ya se irá jaciendo, don José...
REG. Ya me ha contado éste. Es chistoso... ¿Conque la fonda es tuya? digo, si lo sabemos antes... Aquí estaremos de primera, para algo somos amigos...
AUG. ¿Y vosotras como estáis aquí?
DALIA Contratadas en el *Varietés* para la feria,

después nos vamos a Lisboa y allí nos embarcaremos para América... Llevamos un contrato muy bueno. Ya ves, cinco mil reales de préstamo... Y nos hemos hecho un equipaje.

AUG. Y ahora, ¿cómo os llamáis?

CAME. La Camelia y la Dalia...

AUG. ¿Quién es la Dalia?

CAME. Cualquiera... Eso es pa el cartel na más...

AUG. Siempre con vuestro número...

DALIA Bailes españoles y ahora el Kakeval que lo presentamos muy bien.

CAME. Con unos trajes... como las francesas.

DALIA Ahora es un número que pue verse.

CAME. Nos hemos soltao mucho...

AUG. ¿Y venís solitas?

DALIA ¡Cállate! Si mamá, como le decimos, se nos ha quedao en Avila.

AUG. ¡Muerta!

CAME. No, que ha perdío el tren. Por supuesto ha sido adrede, todo porque no traíamos a Pepín: como está encapricháa con él.

AUG. Pero, ¡todavía!

DALIA Ya sabes... La tía Girula, cuanto más vieja más chula, como no es mi madre puedo decirlo.

AUG. ¿Y quién es Pepín?

CAME. Nuestro maestro de baile y el que nos tocaba los palillos por dentro... El tuerto que le llaman.

AUG. Bailará de perfil...

DALIA Si no es tuerto, es que llamaban así a su padre que tampoco era tuerto. El abuelo es el que lo era. Y se lo han seguío llamando a tóos.

TEO. Bueno. ¿Y dónde colocamos a estas chicas?

REG. En la mejor habitación, no faltaba más. Y a nosotros, ¿eh? y a nosotros.

AUG. ¿En la misma?

REG. No, si acaso al lado.

CAME. Como no, moreno... El baúl pongo yo esto

noche atravesao elantito la puerta, a mí no me dan otro susto.

REG. A nosotros un cuarto para los tres. Si no hay camas, tiráis colchones por el suelo. Como tardamos en dormirnos nos gusta estar juntos para que nos cuente cuentos y si se ofrece se canta unos tientos que es morirse de risa. Anoche nos dieron las cinco.

AUG. ¡Cómo! Cantar a las tantas, ¿y los viajeros?

REG. ¡Qué viajeros ni qué ocho cuartos! Estamos en fiestas...

TEO. Esta noche no se acuesta aquí nadie. Hay que armar una de las nuestras. ¿Verdad, Federico?

FED. Sí, sí; hay que armar una... se cantará, se bailará.

REG. Se beberá.

TODOS Eso... eso... sí... sí...

FED. (Bajo a Teodoro.) Así tendré pretexto para invitarle. Una fiesta a la española es un obsequio para una artista... Sí, sí... gran idea....

TEO. Ya lo creo... Pero le primero es acomodar a estos amigos... El 6 y el 8. ¿Verdad? En las mejores habitaciones.

AUG. Que están ocupadas...

FED. No importa, se desocupan...

REG. Para eso somos amigos. Verdad que ha sido suerte.

CHUR. Verdá.

CAM. (Que ha salido momentos antes, después de hablar con Teodoro.) ¿Otra mudanza?

TEO. Sí... sí... el equipaje de esos señores al piso segundo, 10 y 11.

CAM. En seguida. (Están locos...) (Sale y entra a poco con los dos mozos y empiezan la mudanza.)

CAME. Que nos traigan nuestro baúl... Aquí no tenemos más que lo preciso para estos días... Los demás bultos van para Lisboa...

REG. Vamos a ver el cuarto.

DALIA Y nosotras el nuestro.
TEO. Estos dos... (Suben y entran en los cuartos.)
REG. Digo, si estamos pared por medio... Está muy bien eso... ¡Esto es recibir a los amigos!
CHICO (Tirando un corsé.) Eh, que aquí se ha olvidao un corsé de señora y yo no quiero compromisos...
AUG. (Recogiéndolo.) El corsé de doña Pastora. (A la camarera.) Llevadlo a su nuevo domicilio...
CAME. Y aquí unos tirantes, que no quiero tampoco que me los acumulen...
TEO. Ahora tomaremos un refrigerio... Unos fiambres, Jerez, champagne...
TODOS Sí... sí... bravo... *¡Champagne, champagne!*
REG. Hombre, sí; hay que mojar esto...
AUG. Acabarán con todo...
TEO. Da órdenes, Federico.
FED. Voy, voy... (Toca el timbre. Bajo a Teodoro.) No sale, no se asoma ni por curiosidad... (Alto.) ¿Por qué no cantáis algo?... Armad ruido, que haya alegría... animación.
TEO. ¿No hay guitarra por ahí?
REG. No ha de haber.
CHICO Yo la traigo... Va usted a ver en seguida. (Entra en su cuarto y sale a poco con una guitarra.)
FED. Yo me decido a invitarla... (A la Camarera.) Traed aquí una mesa y fiambres, postres, Jerez, champagne, todo el que haya...
AUG. Espera... voy... voy yo. Esta es la mía. (Sale con la Camarera.)
REG. Podíamos correr aquí las grandes juergas, si no tuvieras que torear en Guadalajara.
CHUR. No hay más remedio, don José.
DALIA Es tan esaborío en la plaza este amigo tuyo...
REG. Es un muchacho muy prudente. Ya tenéis que ponerle faltas... A vosotras si no se os dice algo, en seguida...
CAME. Si parece que le cobran por las palabras demás como en el telégrafo...

FED. (Que ha llamado al cuarto de mis Ketty, y habla con ella en la puerta.) Una pequeña fiesta entre amigos, algo muy español, si usted tiene gusto en acompañarnos a beber una copa de champagne, yo será muy dichoso...

KET. Sí, sí, con mucho gusto; pero haga usted el favor de invitar a Richard, lo agradeceré mucho.

FED. Ah... Sí, sí... voy... voy... basta que usted lo desee... (Entra Augusto.)

AUG. (A Teodoro.) ¡Buena la has hecho!

TEO. ¿Yo?

AUG. Con tu arreglo de luz... Si ya decía yo, cosa que tú hicieras... Nos has dejado a obscuras... He ido a dar luz a la despensa y nada; a las cocinas... y nada... Y aquí... ya ves... Estamos lucidos, deslucidos... Si esta es toda tu habilidad...

TEO. Pues no comprendo... (La camarera y los dos caiados traen una mesa servida con fiambres, platos, etcétera. Van traysndo cestas con botellas. etc.)

CAM. Aquí tienen ustedes.

REG. Oye, oye todas las criadas del hotel, ¿son como la muestra?

TEO. No es muestra, es todo el género.

AUG. Y habrá velas bastantes y candeleros bastantes...

CAM. Sí; señor; si esto de quedarnos sin luz sucede muchos días.

TEO. Lo ves como no es mía la culpa.

AUG. Bueno, prepáralo todo para iluminarnos... porque dentro de media hora ya es de noche.

FED. (Entra con Mr. Richard.) Tenemos mucho gusto en que ustedes nos acompañen.

RICH. Muy amable *monsieur*, muy amable.

FED. (Presentando.) Un amigo, un artista. (Se saludan todos.)

CAME. Ay, ya lo creo, si trabaja en el circo. ¿No te acuerdas, mujer?

DALIA No me tengo que acordar si fué lo que más me gustó... eso, y los perritos.

KET. (Saliendo,) Señores.
FED. Por fin.
REG. Guapa mujer.
CAME. Esta señora es la de los perritos.
DALIA Qué monísimos...
CAME. Pues ¡y cuándo trabajan con todas aquellas cosas!... Es que parece imposible.
DALIA. Yo no sé cómo puede hacer eso.
RICH Práctica, estudio...
REG. Yo he probado muchas veces, y cá, imposible... Mirad. (Coge dos platos y empieza a hacer el jongleur.)
DALIA Sí, con dos platos, pero la gracia es con ocho como lo hace aquí. Y sin romper uno. Con dos yo también lo hago. (Empieza a tirar platos al alto.)
CAME. Y yo. (Idem.)
TEO. Y yo también, y con tres.
REG. A ver con tres.
CAME Y DALIA A ver, a ver.
AUG. ¡Uy... la vajilla!
KET. Ja... ja... Es gracioso.
RICH. *Mais tres bien, tres bien.*
TEO. Yo le rompo uno en la cabeza... (Se le cae un plato. A Reguera y los otros también se les han caído dos o tres.)
RICH. Cuidado... mi cabeza.
REG. Pues yo lo hago cuestión de amor propio. (Coge una torre de platos y se la cae haciéndose añicos. Todos se ríen.)
AUG. ¡Cataplúm! (Siguen tirando cosas al alto; en este momento, aparece doña Pastora, Teresita, don Gumersindo y Poli y se quedan estupefactos.)
TEO. Adelante, adelante... señoras y caballeros. Todos amigos, gente de buen humor.
GUM. Sí, ya vemos...
TER. ¡Cuánta gente!... toreros...
AUG. ¿Y qué tal, qué tal? ¿Qué han visto ustedes?
PAS. ¡No me hable usted; yo traigo una jaqueca, entre el viaje y el barullo de esas calles! Voy a acostarme en seguida.
GUM. Yo también estoy muy cansado.

POLI Y nosotros. ¿Verdad? Y nosotros.

TER. Que no digas esas cosas, Poli.

POLI Pero, Teresita, si estamos casados.

TER. Que no me acostumbro...

AUG. Pero, ¿no comen ustedes? La mesa redonda es dentro de media hora.

GUM. No, no tenemos gana. Hemos merendado fuerte en el camino.

PAS. Yo no quiero más que acostarme. Se me parte la cabeza. Vamos.

AUG. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Han cambiado ustedes de habitación?

GUM. ¡Cómo! ¿Han llegado por fin sus personajes?

AUG. Sí... sí... Si están ahí. Les hemos subido a ustedes al segundo piso, números 10 y 11. Es mucho más alegre. Ya tienen ustedes allí el equipaje, todo en orden.

PAS. Vaya, yo que me canso tanto de subir escaleras.

TER. Y yo, y yo, desde hace unos días.

POLI ¿Es verdad, cielo? ¿Te cansas tú? ¡Bendita seas.

TER. Que no seas tonto, es que me hice una rozadura en los zapatos de boda... que no digas tonterías.

GUM. (¡Ah! ¡Qué mujer tan guapa!) ¿10 y 11 ha dicho usted?

AUG. Sí, señor; en el segundo...

PAS. Dame el brazo, Gumersindo... ¿Qué miras?

GUM. Nada, nada... Esta fonda está muy cambiada. (Salen doña Pastora, Teresita, don Gumersindo y Poli.)

REG. Tenéis muchos viajeros. Estaréis haciendo el gran negocio.

AUG. Un negocio loco.

REG. ¡Lo que robaréis!

TEO. Vaya champagne. Vengan copas.

TODOS ¡Venga, viva, bravo!

REG. Brindemos por la prosperidad del hotel. Después, porque nuestro amigo salga con

bien de todas las corridas del año y toree las ochenta.

Chur. Se estima, don José.

Reg. Después, por estos señoritos a quien no tengo el honor de conocer, pero basta que sea cosa tuya...

Ket. ¿Eh?

Fed. No seas bruto. No haga usted caso.

Reg. Después por estas chicas tan guapas y tan simpáticas, y tan...

Came. Muchísimas gracias. Y nosotras por usted, y por ustedes y por todos.

Dalia Eso es, por todos, por todos.

Teo. Vaya, cantad algo, bailad. Que se vea que os traéis cositas...

Fed. *(Bajo a Ketty.)* ¿No sabré nunca ese secreto?

Ket. Si no es secreto, sólo que la verdad no la creerá usted.

Fed. ¿Por qué?

Ket. Porque hay veces en que la verdad es lo más inverosímil.

Fed. Tratándose de usted, no... De usted puede esperarse todo, es usted una mujer extraordinaria.

Ket. Pronto lo ha conocido usted.

Fed. Pronto, no: hace mucho tiempo que la conocía a usted.

Ket. ¿A mí?

Fed. Sí, porque usted no es una mujer... usted es... el ideal.

Ket. Ya, pero... Pues le aseguro a usted que esta mujer que usted cree ideal es lo más prosaico de este mundo. *(Siguen hablando.)*

Teo. Vamos, vamos, alegría, alegría.

Reg. Si es que aquí no se bebe...

Aug. *(Viendo aparecer a miss Smith.)* Esta nos faltaba.

Chico ¡Martín!

Chur. ¿Qué pasa?

Chico Que estoy viendo visiones.

Smith *Vers nice*... Curioso.

Aug. Pase usted, pase usted.

Smith El Cicerone se ha perdido... ¿Qué es esto?

Curioso.

AUG. Ya lo ve usted. Una fiesta española... para obsequiar a ustedes.

TEO. (Ofreciendo una copa a la inglesa.) Señorita.

SMITH ¡Oh, gracias, español galante! Toreros. ¿No es esto? Curioso. ¿Qué es este pelo largo?

AUG. La coleta, milady.

SMITH La coleta. ¡Oh, curiosa! Permite. (Tirando de la coleta al Chico de la Ursula.) ¿Es natural?

CHICO (No es tirón el que me ha dao la gachí.) Sí, señora... mío. Pué que ella no puá decir lo mismo.

REG. ¿La gustan a ustedes los toros?

SMITH ¡Oh, no! Me hacen mucha lástima los caballos.

CHICO ¡Los caballos!... seá su manía...

SMITH Toca, toca y estas señoritas baila, baila. Gustar mucho bailes españoles.

REG. Otra copita, miss. (Bajo.) Hay que alegrarla hasta que nos baile un tango...

SMITH Gracias, español caballero.

AUG. Pero ya estáis bailando... Que se diviertan siquiera estos señores... (Sale don Gumersindo.)

GUM. Con permiso de ustedes... He oído tocar la guitarra, y la verdad...

TEO. ¿Le molesta a usted?

GUM. No, no; al contrario. Vengo a oir más cerca. Mi mujer se ha acostado con la jaqueca...

REG. Ah, vamos, y querrá usted ser de la juerga... Venga usted acá... Que tiene usted cara de guasón...

DALIA A ver, una copa para este señor mayor...

GUM. Vaya si son guapas... Desde hace diez años que estuve quince días en Madrid no las había visto tan guapas.

CAME. ¿No huelen ustedes a quemado?

DALIA Yo no huelo na, estoy con un pasmo...

TEO. Ni yo.

REG. Ni yo.

CHICO Alguna cerilla.

TEO. Ea, cante usted; y vosotras, bailad. (Cantan y bailan. Sale la Camarera.)

CAM. Señoritos, señoritos.

TODOS ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa?

CAM. Que hay mucho humo, que se debe quemar algo.

TODOS Sí, sí; ahora huele. ¡Fuego, fuego!

AUG. ¿Dónde? Vamos a ver si por aquí sube el humo. (Todos tosen y corren asustados. Salen don Isidoro y doña Hortensia.)

HORT. ¡Fuego, fuego!

TODOS ¿Qué es? ¿Dónde? ¡Calma, calma!

ISID. Un tapón de la luz eléctrica. Debe quemarse algo en el salón de lectura, sale mucho humo.

AUG. ¿Lo ves? Tu instalación eléctrica... Ya lo decía yo. A ver, a ver. (Entra en el despacho.)

HORT. ¿Y Asunción que no está en su cuarto? Yo me quedé dormida.

ISID. ¿Dónde estará esa chica?

CAM. Vamos a sacar el equipaje, no se nos queme todo.

SMITH Y yo, y yo.

KET. ¡Ay, mis perritos, mis perritos!

RICH. ¡Mis aparatos!

GUM. ¡Y Pastora que estará durmiendo!

CHICO ¡Mi vestío de atorear que no tengo más que uno! (Corren todos a sus cuartos y empiezan a tirar prendas.)

CAM. (A miss.) Este no es su cuarto de usted.

SMITH Está loca. Este es mi cuarto.

CAM. Que no, señora. Leonor, sácalo todo, que será una perdición si se nos quema.

SMITH ¿Y mi cuarto, mi cuarto?

TEO. Allí, señora; allí.

ISID. ¿Pero dónde estará esa chica?

HORT. ¡Asunción, Asunción! (Sale Poli.)

POLI ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que nos ahogamos! Teresita se ha desmayado y yo solo no puedo con ella. ¿Quién me la salva, quién me la salva?

CHICO Yo voy, yo voy.

POLI — Corra usted, corra usted. (Salen juntos. Entra Augusto.)

AUG. — ¡Friolera, todo el salón ardiendo! Agua, agua pronto. (Se quita la americana. Doña Pastora en enaguas con una cofia en la cabeza, y la falda sobre los hombros.)

PAS. — ¡Fuego, fuego; Gumersindo, Teresita!

GUM. — ¡Pastora, Pastora!

PAS. — La niña, la niña. (Sale el Chico con Teresita en los brazos y detrás Poli.)

POLI — Déjemela usted que ya puedo yo, déjemela usted que ya puedo yo.

TER. — (Abrazándose al Chico.) No te separes de mí, no te separes.

POLI — Que no soy yo, que es otro. Déjemela usted que ya puedo.

PAS. — ¡Asunción, hija mía! (Camarera y mozos que traen cubos de agua.) ¡Agua, agua! (Salen Paco y Asunción.)

PACO — ¡Que nos ahogamos! ¡Fuego, fuego!

ISID. — ¿Qué es esto? ¡Asunción y ese trasto! ¡Juntos! ¿Dónde estaban ustedes?

HORT. — ¿De dónde salen ustedes?

PACO — Del fuego, del fuego.

ASUN. — Papá no le mates. Me ha salvado la vida.

AUG. — Pronto. Más agua, agua.

CAM. — Allá va.

KET. — (Corriendo detrás de los perros que salen escapados.) Black, Bob, Riquiqui. Que se escapan, que se escapan.

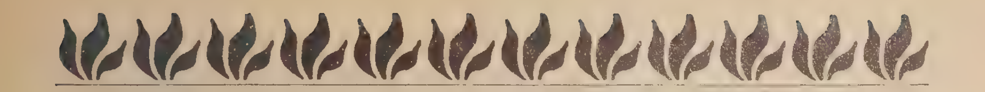
RICH. — *Les chiens, les petits chiens.*

AUG. — Agua, agua. (La Camarera al alargar un cubo a Augusto, se lo vierte encima.)

CAM. — Tome usted, tome usted.

AUG. — El diluvio sobre mí. Y el hotel ardiendo. ¡Buen negocio hemos hecho!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTO, sentado, haciendo cuentas. FEDERICO

AUG. Cero es cero, cero es cero, todo es cero.

FED. ¿Qué haces ahí, Augusto?

AUG. Cuentas, cuentas, cuentas; como diría Hamlet, si hubiera nacido en estos tiempos.

FED. ¿Cuentas? Me alegro, de eso tengo que hablarte.

AUG. Si no es para pedírmelas, porque te quedarás aterrado.

FED. No quiero aterrarme. Necesito cuatro mil pesetas.

AUG. ¡Federico! ¿Estás en ti? ¡Cuatro mil pesetas! ¿Tú sabes lo que son cuatro mil pesetas?

FED. Suprime las consideraciones. Necesito cuatro mil pesetas. ¿Te enteras? Al venir aquí te entregué quince mil para los gastos precisos. No digas que no te quedan cuatro mil...

AUG. Sí, sí; eso quedará, pero a ese paso...

FED. Las repondré en seguida. Además, con las ganancias...

AUG. ¿Las ganancias? ¡Desgraciado! Bonito negocio estamos haciendo! Con vuestro siste-

ma... tu adorado tormento, y su equívoco acompañante, alojados a cuerpo de rey... y gratis... Reguera y los toreros, se nos quedan aquí, hasta que esos dos astros taurinos se alivien de la fenomenal paliza que les arreó el primer toro que asomó la gaita... esas dos muchachas que enferman también a consecuencia del susto del fuego, y retrasan su viaje... ¡Bueno está el hotel! ¡Y buenos están los huéspedes! Todos enfermos, pero ninguno a dieta! ¿Y eres tú el hombre práctico, el negociante?...

FED. Y lo soy, lo soy, cada día más. Pero con los amigos, con los amigos de los amigos, no voy a serlo. Cuando por una desgracia no pueden salir de aquí, ¿vamos a cobrarles, vamos a ponerlos en la calle? Los negocios no son incompatibles con le generosidad, con la caballerosidad, con la amistad...

AUG. Te equivocas. Los negocios son incompatibles con todo lo que no sea negocio. El origen de todas las grandes fortunas, es la falta de delicadeza. Cuando oyes hablar de una persona que tiene mucho dinero, ¿qué es lo primero que se te ocurre decir? ¡Qué tío!

FED. Eso se dice de todo el que se distingue por algo, de los artistas, de los políticos, de los hombres de ciencia.

AUG. No, no; a esos sólo se los llama tíos, cuando han sabido hacer dinero con su talento, cuando no se los llama primos. El tratamiento de tío sólo corresponde a la gente adinerada.

FED. Bueno, encaucemos la discusión. Las cuatro mil, pronto.

AUG. ¿Insistes? ¿Y puede saberse para qué necesitas ese dinero?

FED. Ya lo sabes, no seas pesado. Venga en seguida.

AUG. Si lo sé, si lo veo. Toda la mañana estu-

viste de conferencia con Mr. Richard. Comprendo, esa mujer, con la peor de las coquetinas, la coquetería de la virtud, te ha trastornado el juicio; estás en esa pendiente fatal en que el amor combinado con el amor propio nos hace cometer los mayores desatinos. Confiésalo; por conseguir a esa mujer serías capaz de todo. Te arruinarías, te casarías con ella creyéndola o no virtuosa, es igual. ¿Ah, yo conozco el corazón humano!

FED. Pues si le conoces, dame ese dinero en seguida.

AUG. Aun es tiempo. Retrocede. Esa mujer será nuestra ruina. Veo claro las artes que ha puesto en juego... Las fiestas de Moraleda han terminado, y con ellas la temporada del circo... Te anuncia su partida, dejando burladas tus esperanzas; tú quieres retenerla más tiempo, Mr. Richard lo comprende, te indica que para continuar aquí necesita dinero, porque él no está para perder un cuarto; ella no dice nada, pero coquetea desesperadamente, tú te conmueves, te ofreces a ser caballo blanco de su compañía ecuestre, que es ser dos veces caballo, y arrojas las cuatro mil pesetas, y arrojarás hasta el último céntimo, en ese tonel de las danaides, que es la coquetería de una mujer bonita, que sabe administrar su capital mejor que tú administras el tuyo. He dicho... Ahora, voy a entregarte las cuatro mil... Piénsalo por última vez... Aun es tiempo. A la una.

FED. No seas pesado.

AUG. A las dos.

FED. ¡Vaya!

AUG. A las tres, a las tres... Esto de las tres, me da una idea; ¿no tendrías bastante con tres mil pesetas?

FED. ¿Pero eres mi tutor?...

AUG. ¡Basta! Creí que era tu amigo. Has herido

mi dignidad? Voy a la caja. (Entra en el despacho y sale a poco.) Una, dos, tres y cuatro... ¡Cuatro mil pesetas en títeres!

FED. Te advierto, que si naturalmente, mi primera intención es retener aquí a esa mujer todo el tiempo que pueda, ese circo es un bonito negocio... En Moraleda no hay ahora otro espectáculo; pensamos traer números de atracción... Unos acróbatas, unos osos amaestrados...

AUG. ¿Más amaestrado que tú?

FED. Yo cobraré el treinta por ciento del ingreso bruto.

AUG. ¿Conque bruto? Pues ya estáis iguales el ingreso y tú.

FED. Yo te probaré que es un negocio, mejor que este de la fonda.

AUG. No es mucho decir, porque este también es bueno... y los dos combinados, ¡me río yo del Banco de Londres!

FED. Calla, Mr. Richard.

AUG. Que habrá estado escuchando, por si yo te convencía. Me habré hecho un amigo.

ESCENA II

Dichos y MR. RICHARD

RICH. *Mon ami*. Es la hora.

FED. Todo está arreglado. Cuando usted quiera.

RICH. Los artistas esperan por tocar su decena. Ellos serán muy contentos de conocer a usted, a su nuevo director...

AUG. ¿Conque director y todo? Ya te estoy viendo en medio de la pista, con la fusta en la mano, dando vueltas como un zarandillo...

FED. ¡Calla!

RICH. Cuando usted guste. Ketty espera al circo. Fue encargada de contener a la Compa-

ñía... Usted sabe... ¡Oh! Esos artistas, que no son artistas, no piensan más que en el dinero... Vamos entonces a calmarlos.

FED. No, vaya usted solo. Tenga usted, esa es la cantidad.

RICH. *¡Ah! Merci...*

FED. Yo no quiero entenderme para nada con los artistas...

RICH. ¡Oh, sí, es desagradable!... Un caballero empresario como usted, no puede, no debe... Esto es, yo corro con todo...

AUG. (¡Vaya si correrá!)

FED. Sí, sí, corra usted...

RICH. Ketty vendrá en seguida, y ella dirá a usted...

AUG. (Está en los detalles.)

RICH. *¡Au revoir!...* (Sale.)

AUG. ¡Cuatro mil del ala! ¡Y con alas, porque volaron! Bien dice el refrán: «Herencia de tío, la quema el fuego o la lleva el río...»

FED. ¡Estás filósofo!

AUG. A propósito: más ganancias. Hoy terminan los albañiles y los papelistas las obras de revoque y reparación... El salón de lectura y el patio, ya sabes como quedaron a consecuencia del fuego... Habrá que pagar a esa gente...

FED. No importará tanto... Blanquear y empapelar...

AUG. Y dos vigas nuevas, y puertas y ventanas, y qué sé yo...

FED. Bueno, bueno, se paga y en paz...

ESCENA III

Dichos y PACO (vestido de albañil, con la cara llena de yeso.)

PACO ¡Señores!...

FED. ¿Eh?...

AUG. ¡Ah! Calle usted. Siempre me cuesta trabajo conocerle...

FED. ¡Ah!, el señor es...

AUG. Sí, ya sabes; el novio de la niña de don Isidoro. El novio Frégoli, como yo le llamo...

PACO Sí, señor, yo soy... Gracias a usted que es tan bondadoso conmigo y me protege siempre...

AUG. Debilidades que tiene uno.

FED. Pero, hombre... qué disfraz... Ya me lo había dicho mi amigo...

PACO ¿Qué quiere usted? Después de haberme sorprendido aquí su padre cuando el fuego, no había medio humano de vernos ni de hablarnos. Adopté este disfraz, y me he pasado ocho días entre los albañiles, paseando como un gato por los andamios del patio, haciendo como que blanqueaba la fachada, a donde cae la ventana de su cuarto. De este modo he podido verla, he podido hablarla... y he podido matarme, porque el andamio estaba muy alto y la cabeza se me iba a cada paso... ¡Me río yo de la escala de Romeo y del mar proceloso de Leandro!

FED. Un amor así es admirable, joven, es admirable... Cuente usted también con mi protección.

PACO Con ella cuento, ahora más que nunca, porque hoy han terminado las obras; ya me lo ha dicho el maestro... Por cierto que le prometí veinte duros por prestarse a este engaño...

AUG. Y ahora no tiene usted los veinte duros...

PACO No, señor; vino a pedírmelos antes de bajar del andamio... Yo le dije que se los daría en seguida...

AUG. Y ahora...

PACO Ahora que he bajado del andamio, le diré que no los tengo. ¡Cualquier día se lo digo yo arriba! Se los pagaré en tres plazos.

FED. No se apure usted. Corre de mi cuenta. Entrará en el revoque...

PACO No puedo permitir...

FED. ¿No prefiere usted que yo sea su acreedor?

PACO Sí, señor, sí; muchas gracias, muchísimas gracias. Ustedes no son fondistas, ustedes son...

AUG. No nos diga usted lo que somos... ¿Y qué piensa usted hacer ahora? ¿En qué han quedado ustedes?

PACO No lo sé. Don Isidoro y su tía quieren llevarse mañana mismo a Asunción al pueblo, y una vez allí no hay esperanza. Sólo hay un medio de retrasar el viaje, y ese medio depende de usted.

FED. ¿De mí? No comprendo en qué pueda yo influir...

PACO Sí, señor, sí; muy fácilmente.

FED. Diga usted, si es tan fácil.

PACO Asunción, es natural, no se atreve a decírselo a usted... Y yo, yo tampoco me atrevo, me da mucha vergüenza...

FED. ¿Por qué?

PACO Porque así, al pronto, para el que no comprende lo que es un cariño como nuestro cariño, parece así... que sé yo... que... vamos... no parece bien que uno lo diga...

AUG. Dígalo usted. Queda entre nosotros.

FED. Tenga usted la seguridad, entre nosotros...

PACO Es que cuando usted oiga lo que voy a pedirle...

FED. Tratándose de un enamorado, todo me parece natural.

PACO Pues ese es el caso; que no es natural de un enamorado lo que voy a pedirle a usted.

FED. ¿Qué es ello? Acabe usted.

PACO Pues... me atrevo: lo que voy a pedirle a usted es... que haga usted el amor a mi novia.

FED. ¿Yo? ¿A su novia?

PACO ¿Verdad que es raro?

AUG. Y gracioso.

PACO Gracioso, no; a mí no me hace maldita la gracia.

AUG. Entonces..., es que quiere usted despistar al padre y a la tía.

FED. Y para eso, ¿por qué he de ser yo precisamente?

PACO Me explicaré. El padre y la tía son dos seres metalizados que no creen que nadie pueda ser feliz sino con mucho dinero. Ya ven ustedes qué disparate. Por eso me desprecian, y por eso desde que llegó usted, sólo tienen una idea..., lo diré claro; que Asunción le pesque a usted, y que usted se deje pescar.

FED. ¡Ja... ja!

AUG. Lo sospechaba.

PACO A la tía se le ha puesto en la cabeza que ha simpatizado usted mucho con Asunción, y que la mira usted con mucho interés.

FED. Usted no lo habrá creído.

PACO Al principio, sí; porque cuando se quiere como yo quiero, siente uno celos hasta de su sombra. Ahora ya me he convencido de que usted no piensa en Asunción.

FED. Esté usted seguro.

PACO Pero yo le ruego a usted que sostenga usted esa ilusión del padre y de la tía; sólo con esa esperanza retrasarán el viaje. ¿Qué le cuesta a usted parecer amable con mi novia, decirle de cuando en cuando una tontería?

FED. ¡Hombre!

PACO Si yo no me ofendo, ya sé que es por nuestro bien; usted es tan amable, usted nos protege. Será usted padrino de nuestra boda.

FED. Usted me confunde.

PACO Porque nos casaremos, yo no dudo que nos casaremos, pero no deje usted de protegernos a lo mejor. Tengo mis planes, pero necesito tiempo, unos días; de usted depende todo.

FED. Corriente. Les haré creer que estoy interesado... La novia de usted sabe...

PACO — Sí, señor, está en el secreto. A ella es a quien se le ha ocurrido; dice que también les hará creer que usted le interesa y que yo no les importo nada. Engáñenle ustedes, por Dios.

FED. — Sí, sí, les engañaremos. Descuide usted.

AUG. — Si es preciso, yo tembién haré el amor a la tía.

PACO — Muchas gracias, no es preciso tanto; sería molestar demasiado. Con que juegue usted al ajedrez con el padre, es bastante. ¡Ay! Creo que vienen...

AUG. — Sí, sí, pero no tenga usted cuidado; con ese disfraz no hay quien le conozca.

PACO — No es lo mismo de cerca, Augusto. Pero antes permítanme ustedes un abrazo y otro a usted. (Los abraza y los llena de yeso.) ¡Ay!, ustedes perdonen.

FED. — Deje usted, deje usted.

AUG. — ¡Nos ha puesto buenos!

PACO — Ustedes perdonen, la falta de costumbre, no se hace uno cargo... ¡Ay, que vienen!... Dispensen ustedes que no me entretenga en sacudirles. (Sale.)

ESCENA IV

FEDERICO, AUGUSTO, DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN y DON ISIDORO

ISID. — Caballeros, muy buenas tardes. ¿Ustedes permiten que nos instalemos aquí?

FED. — Están ustedes en su casa, ya lo saben.

HORT. — En las habitaciones no se puede parar. ¡Cómo las han dejado los albañiles!

ASUN. — ¡Ya, ya, qué horror! Dichosos albañiles.

AUG. — (Bajo.) ¿Verdad que sí? ¡Dichosos!

ASUN. — Hable usted en serio.

AUG. — ¿En serio? Pues bien; en serio, límpiese usted la cara...

ASUN. ¿Qué? ¡Ay, Jesús! Es yeso.
AUG. No han visto nada.
ASUN. No se figure usted...
AUG. Yo no he visto nada tampoco.
ISID. Por cierto, mi querido don Federico, que será meterme en lo que no me importa, pero debía usted haber vigilado la obra personalmente. Me parece que le han hecho a usted una chapuza.
FED. ¿Cree usted?...
ISID. Lo que es en el patio, por el lado de nuestras habitaciones, han blanqueado de un modo...
AUG. ¡Figúrese usted!
FED. ¿Y se marchan ustedes mañana? Imposible. Si aun no tendrán ustedes instalados sus muebles.
ISID. No importa, ya hemos abusado bastante.
FED. Al contrario, si ya les miraba a ustedes como de la familia.
HORT. ¿De veras? Es usted muy amable.
FED. Yo estoy solo en el mundo, muy solo. (¡Si esto no es insinuarse!...)
HORT. ¿No lo decía yo? Será porque usted quiera, porque un joven, como usted...
AUG. Don Isidoro, ¿se siente usted con fuerzas para una partidita de ajedrez?
ISID. Hombre, con mucho gusto. Ya sabe usted mi afición.
AUG. Le advierto a usted que conmigo no es para lucirse.
ISID. Pasar el rato.
HORT. Yo traigo mi labor, no puedo estar mano sobre mano, es de familia; en nuestra casa todas las mujeres hemos sido muy trabajadoras. (Doña Hortensia ha colocado las sillas de modo que no quedan más que dos juntas, para Asunción y Federico.)
FED. Y muy bellas...
HORT. Es favor, muy amable.
FED. (A Asunción.) He hablado con su novio de usted...

ASUN. ¿Sí? Pero no le habrá dicho a usted...
FED. Sí...
ASUN. ¿Se ha atrevido? ¡Qué vergüenza! Y usted...
FED. Ya lo ve usted, estoy dispuesto a todo.
ASUN. No me mire usted así; no se acerque usted...
FED. Hay que fingir... Su tía no nos pierde de vista. Aunque hablemos de cosas indiferentes, hay que parecer muy interesados en la conversación... Dígame usted algo.
ASUN. No se me ocurre nada. Es tan violento... Y ya sé que de otro modo nos iremos mañana. ¡Qué desgraciada soy!
FED. No se aflija usted, no se aflija usted.
ASUN. ¿Le duele a usted el pecho?
FED. No; es que señalo el corazón para que su tía de usted vea cómo acciono.
ASUN. ¡Ya, ya!...
HORT. (Luego dirá Isidoro que yo veo visiones.) ¡Isidoro, Isidoro!
ISID. Dejame, mujer. Hay que pensar esta jugada.
AUG. Perdone usted, si me toca a mí.
ISID. Si es que estoy pensando en la que va usted a hacer.
AUG. ¿Cuál haría usted?
ISID. ¿Yo? Esta.
AUG. Pues hecha.
ISID. Y ahora, yo, aquí.
AUG. ¿Y ahora usted?
ISID. ¡Hombre! La natural... Esta. Y yo, aquí.
AUG. Y ahora usted.
ISID. No, si ahora es usted.
AUG. Como era usted siempre.
FED. La verdad es que cuando quiere uno hablar, no se le ocurre nada.
ASUN. ¿No sabe usted versos?
FED. ¿Versos? Sé algunos...

Volverán las obscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala tus cristales
temblando azotarán.

ASUN. ¡Qué bonitos! Y los dice usted muy bien.

FED. Muchas gracias.

ASUN. Sí, sí, con mucha expresión.

HORT. (No podemos irnos, no podemos irnos, Ya lo decía yo.)

ASUN. ¡Qué preciosos! Pero qué bien los dice usted, qué bien.

FED. (¡A qué se enamora de mí en serio! ¡Pobre novio!

ASUN. (Yo creo que le gusto, que no es broma... ¡Pobre Paco! La verdad es que es muy simpático.)

ISID. Déjeme usted pensar, déjeme usted pensar.

AUG. Piense usted. Yo, mientras tanto, voy a dar una orden de que ahora me acuerdo. No me haga trampas.

ISID. Por Dios, esto es muy serio. (Sale Augusto.)

HORT. ¿Te has fijado?

ISID. ¿En qué?

HORT. ¡Pareces tonto! Mira. ¿Qué te decía yo? No podemos irnos.

FED. Nos observan.

ASUN. Diga usted más versos.

FED. Más versos... La escena del sofá del *Tenorio*.

Reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría, etc.

HORT. No se qué daría por oir lo que la está diciendo.

ISID. Lo que se dice siempre, tonterías. ¡A ti, como nunca te han dicho nada!

HORT. Delante de ti, claro que no.

FED. ¿No es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?

ASUN. Pero qué bien dice usted los versos. (Entra Augusto.)

AUG. (A Don Isidoro.) Cuando usted quiera. ¿Ha pensado usted ya?

ISID. Sí, sí, ya he pensado; lo que es que no me acuerdo ya de lo que he pensado.

HORT. (El habla que te habla, y ella sin decir nada. No parece sobrina mía). ¡Asunción! ¡Asunción!

ASUN. ¿Qué quiere usted, tía?

HORT. No me acuerdo del punto... ¿Es así? (Bajo.) ¿Qué te dice?

ASUN. Muchas cosas.

HORT. ¿Y tú, callada? Le dejarás escapar por tonta.

ASUN. Pero, ¿qué quiere usted que diga?

HORT. Disimula mejor, como si me empezaras el punto... ¡Ay, qué chica! Dile que hable con tu padre o conmigo.

ASUN. Sí, se lo diré.

HORT. Ya puedo seguir. Es que se me había olvidado. No he visto labor de gancho más difícil.

FED. (Ya lo creo que es difícil). (A Asunción.) ¿Qué le ha dicho a usted su tía?

ASUN. Figúrese usted... ¡Que si viene usted con buen fin!...

FED. Seguro... Acabará en boda.

ASUN. ¿Usted cree? Usted será nuestro padrino.

FED. Ya me lo ha dicho su novio de usted, señorita.

ASUN. Si en todo pensamos lo mismo.

AUG. (Observando a Federico.) (Pues señor, si fuera de verdad, no estarían más animados. A ver si por jugar al amor.)

ISID. Usted juega.

AUG. ¿Yo? No, señor.

ISID. Sí, señor.

AUG. ¡Ah, sí! Usted perdone. Pensaba en otro juego...

ISID. Que ese caballo es mío.

AUG. Ya lo sé. Si es que me lo como.

ISID. Pues eso es una barbaridad.

AUG. No; perdone usted; puedo comérmelo.

ISID. Por eso digo que es una barbaridad; una barbaridad mía...

AUG. ¡Ah! eso sí; yo creí que decía usted que era mía...

ISID. No, señor. ¿Yo iba a permitirme?... Ya ve usted que ha hecho usted muchas y no le he dicho nada.

AUG. Es usted muy amable.

HORT. (No hay duda. La fonda vuelve a ser nuestra. No podemos irnos, no podemos irnos...)

ASUN. ¿Y de veras está usted tan enamorado de una mujer así?

FED. Con locura. Esa mujer es un enigma, y mi corazón está empeñado en descifrarlo; a veces creo que es la criatura más inocente, y a veces que es la más perversa; si algún día le dicen a usted que he cometido las mayores locuras, no lo dude usted: es por ella... por ella me siento capaz de todo.

ASUN. Ya veo que también es usted apasionado en prosa.

FED. El amor nunca es prosa, señorita; el amor es siempre poesía.

ASUN. Eso digo yo; ya ve usted mi pobre Paco: vestido de albañil me parecía mejor que nunca; el amor le transfiguraba...

ESCENA V

Dichos y KETTY

KET. ¡Señores!

ASUN. Ahí la tiene usted.

FED. Sí... Usted perdone... (A Ketty.) ¿Ha visto usted a monsieur Richard?

KET. No... no le he visto. Tengo que hablar con usted...

FED. Ahora mismo.

KET. No; luego, a solas.

FED. ¿A solas?
KET. A solas... aquí... Espéreme usted... aquí...
FED. Donde usted quiera...
KET. (Saludando.) Señores... (Entra en su cuarto.)
HORT. (La volatinera. Esta es de cuidado).
ASUN. Ahora sí que no se le ocurre a usted nada, ni versos ni prosa.
FED. Es verdad, nada...
ASUN Acaso le espíe a usted desde su cuarto, y si le ve a usted hablando conmigo, tendrá celos.
FED. No tendré esa suerte.
ASUN. ¿Pero sabe usted que es usted un enamorado terrible? Yo creí que éramos Paco y yo solos en el mundo los que amábamos así.
FED. Pues ya somos dos, digo, tres... ¡Mal número!
ASUN. Quisiera usted que fuéramos cuatro...
AUG. (Nada, que Federico es capaz de enamorarse también de ésta.)
ISID. Me parece que le ha ganado a usted. ¿Por dónde sale usted ahora.
AUG. Sí, sí... Tiene usted razón. Perdido, perdido... No se puede con usted.

ESCENA VI

Dichos, TEODORO y REGUERA

TEO. ¡Hola, hola! ¡Qué lucida reunión! Hortensia... Asunción... ¿Cuándo es la marcha?
HORT. Quizá la retrasemos unos días.
FED. Sí, sí; deben ustedes retrasarla. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!
HORT. (Bajo a Isidoro.) Esto es una petición en regla.
AUG. (A Reguera.) ¿Dónde has dejado a tus toreros?
REG. No me hables; no quiero ni verlos.
ISID. Salieron los dos, en coche, con esa señora inglesa.

HORT. Oiga usted. ¿Es verdad que se ha enamorado de uno de ellos?

TEO. Una pasión romántica. No saben ustedes cómo le ha asistido, cómo se interesa por su convalecencia.

FED. Es gracioso.

HORT. ¿Y están ya mejor esos infelices?

REG. No me hablen ustedes. Cuando les sucede una desgracia porque no se puede evitar... es disculpable... pero dejarse coger por ignorantes, créalo usted, por ignorantes.

HORT. ¡Pobrecillos!

REG. Pero ¿a quién se le ocurre, al uno abrirse de capa en aquel terreno, al otro entrar al sesgo frente a toriles?... ¿Qué les había de suceder? Les está muy bien empleado...

ISID. Estos aficionados son terribles.

TEO. Perezcan los toreros y sálvense los principios.

REG. Me han engañado; yo creí que se traían más cosas dentro.

AUG. ¿Y querías que el toro les hubiera sacado todo lo que traían?

REG. Sí; crean ustedes que algunas veces quisiera uno ser toro... para enseñarles...

ASUN. (A Federico.) Está usted deseando quedarse solo para hablar con ella.

FED. Sí; no se engaña usted.

ASUN. Yo haré lo posible.

FED. Muchas gracias. Es usted adorable. Crea usted que no me costaría mucho seguir fingiendo...

ASUN. ¿De veras? Cierto que es divertido hacerse el amor así... tranquilamente, sin celos, sin riñas.

FED. Todo lo agradece el amor...

ASUN. Crea usted que nunca olvidaré su amabilidad en prestarse a esta farsa...

FED. Ni yo el gracioso desenfado con que ha sabido usted llevarla...

TEO. (A Augusto.) Oye, oye. ¿Qué se trae Federico con la hija del fondista?

AUG. Cualquiera lo sabe; con Federico...

REG. (A don Isidoro.) Usted alcanzó a Rafael el Grande, y, naturalmente, al otro Rafael, que tampoco era chico; aquellos eran toreros... Pero éstos... Algunos empiezan comiéndose los toros; pero le dan a uno cada chasco... Yo estoy ya desengañado de todos...

ISID. Pero los toreros para usted son como novias, por lo visto...

REG. Calle usted, si una vez... éstos lo saben... estaba para casarme, y rompí las relaciones por irme a ver tres corridas al Guerra.

ISID. ¿Huyó usted del matrimonio por los toros?

AUG. Eso es curarse por la homeopatía.

HORT. (Me parece que ya es prudente interrumpir el diálogo; el empacho es muy peligroso en los primeros días...) Asunción, Asunción...

ASUN. ¿Qué quieres, tía?

HORT. Estos caballeros tendrán que hablar de sus asuntos y les quitamos libertad.

AUG. ¡Por Dios, señora, qué idea tiene usted de nuestros asuntos!

FED. (A Asunción.) Debemos hacer una despedida expresiva. Yo no la perderé a usted de vista hasta que desaparezca.

ASUN. Y yo haré por no mirarle a usted, y por fin le dirigiré una mirada furtiva.

FED. Que yo recogeré gozoso...

ASUN. Ja... ja...

HORT. Asunción, vamos...

ASUN. Voy, tía, voy. (Es muy simpático este hombre.)

FED. (Pues no es tan tonta como yo creía.)

HORT. Beso a ustedes la mano... (A Asunción.) No vuelvas la cabeza, niña... Ay, nunca habéis de tener un término medio...

ASUN. ¿No ves que se me queda mirando?... Ya no nos iremos mañana...

HORT. Ni creo que nunca. (Salen don Isidoro, Hortensia y Asunción.)

ESCENA VII

Dichos, menos DON ISIDORO, DOÑA HORTENSIA y ASUNCIÓN

TEO. Pero oyes, ¿quieres decirme si es que haces el amor a la niña de don Isidoro?
FED. No seais majaderos.
REG. ¿Se alivió ya la pasión volcánica por la de los perritos?
TEO. Se enteró ya el marido... o lo que sea...
AUG. Ya lo creo que se ha enterado... Cuatro mil pesetas...
TEO. ¿Cómo?
FED. Vais a dejarme en paz... y solo. Os estará oyendo desde su cuarto... Además, tengo que hablar con ella...
REG. Pues entra en su cuarto.
FED. No lo permitiría...
REG. ¡Qué primo eres! Si no se atreviera uno con las mujeres más que a lo que ellas permiten... Por ejemplo... (Viendo a la Camarera y abrazándola.)

ESCENA VIII

Dichos y CAMARERA

CAM. ¡Que se esté usted quieto, que se esté usted quieto!... ¡Que ahora tengo las manos libres y no llevo nada que pueda romperse!...
AUG. Compostura... compostura...
REG. ¡Cuidado que es simpática esta chica!
TEO. ¿Adónde vas?
CAM. Al cuarto de esas señoritas que han llamado... En todo el día no hacen más que llamar...
TEO. ¿Qué les ocurre?...
CAM. No sé; yo, siempre que he entrado, las he

visto llorando. Y todas las veces me han entregado alguna carta urgente y que esperaba contestación. Todos los criados del hotel están por ahí, trayendo y llevando cartas de esas señoritas...

REG. Conozco la circular...

AUG. La carta de Damocles...

CAM. No sé... Ellas dicen que las ha engañado no sé quién.

REG. Siempre las pasa lo mismo.

CAM. Que ya no pueden irse a Lisboa... y que... Voy... voy... Ustedes perdonen... pero ya oyen ustedes... (Sale.)

TEO. Vamos nosotros a ver qué las ocurre...

REG. No, ahora no; cuando están así, afligidas, es que necesitan dinero; es peligroso acercarse... Mirad quién viene aquí.

FED. Esto nos faltaba.

ESCENA IX

Dichos, MISS SMITH, EL CHURRERITO y EL CHICO DE LA ÚRSULA

AUG. ¿De dónde vienen ustedes?

CHICO Ya lo ve usted, de dar un paseo...

AUG. Habrá sido triunfal.

CHUR. La señora miss se empeñó en llevarnos en coche...

SMITH Muy bueno el paseo al aire para la salud... ¡Pobrecito! ¿Cómo está? ¿Cómo está?

TEO. No dirá usted que no le cuída.

AUG. (A Reguera.) Tú dirás que son ignorantes, pero lo que es valientes...

CHICO No quiera usted saber las cosas que hemos oído por esas calles; mire usted que uno está acostumbrado a oir cosas en la plaza...

TEO. ¿Y ella?

CHICO Tan contenta. Como si la echaran flores...

SMITH ¡Oh qué país alegre, qué país simpático,

todo el mundo dice saludos en la calle! Ahora debe tomar comida, mucha comida, y bebida... mucha bebida... ¡Oh! ¡Toro malo! Ya no hace nada más con los toros.

CHICO Sí, señora miss; si la miss me pasa una renta de muchas libras... de más libras que los toros.

SMITH ¡Oh, trabaje, trabaje tranquilo!

CHICO A peón de albañil, ¿le parece a usted? Pa matarme también y por seis reales.

SMITH Aprenda inglés y enseñe después por dinero.

CHICO Eso pa un pronto.

SMITH Yo no quiero nada más torero. ¡Toro malo!

REG. Y tiene razón; para hacer lo que hacéis más vale dejarlo.

CHUR. Pero ¿todavía está usted con las mismas?

REG. Pero ¿a quién se le ocurre abrirse de capa en aquel terreno? Agradece a que el toro era tonto perdido.

CHUR. Pero...

CHICO A usted hay que dejarle. Pero ¿no oyó al público que nos abucheaba porque el toro salió con muchos pies y nadie se los paraba?

REG. Pero ¿qué tenéis vosotros que hacer caso del público?

CHICO Y no le haga usted caso y luego las empresas dicen que no hace uno por agradar.

REG. Pero ¿qué tenéis vosotros que hacer caso de las empresas?

CHICO Pero ¿a quién tenemos que hacer caso?

AUG. Una vez en el redondel, al toro, creánme ustedes, al toro.

CHUR. Es que aquí se apasiona. ¿Piensa usted que se deja uno coger por gusto de uno?

REG. Pues lo parece. ¿A quién se le ocurre?...

CHICO Ya lo hemos oido. Abrirse de capa en aquel terreno. Y si el toro estaba allí habia que buscarle.

AUG. Por eso lo dice... ¿A quién se le ocurre abrirse de capa dónde estaba el toro?

FED. Os he pedido por favor que me dejéis solo.

TEO. Ya te dejamos....

REG. Por mí... Yo se lo que son estas cosas... Cuando uno se chifla por una mujer... Sabré yo lo que es estar chiflado... Obsequiadnos con algo.

SMITH Sí, sí; comer, beber para estar fuerte pronto.

AUG. No sé si quedaré yo mucho.

REG. Mano izquierda...

CHUR. ¡Ay! Todavía me duele todo el cuerpo.

CHICO Y a mí too el cuerpo y ademés este brazo.

SMITH ¡Toro malo! Nada más con los toros. Prométeme, júrame por tu honor de español hidalgo... (Salen todos menos Federico.)

ESCENA X

KETTY y FEDERICO

FED. Ketty, Ketty...

KET. Aquí estoy... Tengo que hablar a usted seriamente.

FED. Seriamente, bien; pero seria conmigo, no... Cuando yo esperaba...

KET. ¿Esperaba usted? Pues eso es lo que yo no quiero, que usted espere. Y sólo siento haberle a usted escuchado alguna vez si usted pudo creer que fué en mí coquetería para conseguir de usted lo que usted ha hecho por detenerme aquí más tiempo. Yo no quiero ser cómplice de ese engaño, yo no quiero que usted compre de ningún modo el derecho a esperar.

FED. Yo no he comprado. No me resignaba a a que usted se marchara de aquí tan pronto y puse los medios para impedir, yo sólo esperaba que usted me conociera mejor, que al fin llegara a comprender que la quiero a usted con locura.

KET. ¿Con locura? ¿Si usted supiera que yo soy muy razonable? Pero, vaya por la locura... Voy a demostrar a usted que no es tanta esa locura como usted dice... Por conseguir mi cariño sería usted capaz de muchas cosas...

FED. De todo...

KET. De arruinarse... de seguirme hasta el fin del mundo... de romper con su familia y con sus amigos...

FED. Esté usted segura; capaz de todo...

KET. ¿De todo eso?

FED. Lo duda usted... ¿Cómo puedo probar a usted?...

KET. Del modo más fácil y menos costoso.

FED. Diga usted...

KET. Cásese usted conmigo.

FED. ¡Eh!

KET. Lo ve usted. Decía usted que era usted capaz de todas las locuras y en esa locura no había usted pensado. Y si yo le dijera a usted que esa locura es el único medio de conseguir mi cariño... Y crea usted que si lo digo es porque tengo derecho a decirlo...

FED. ¿Por qué no? Siempre creí que en su vida había algo misterioso.

KET. Misterioso, no; penas, luchas, pobreza. Más pobre que ahora yo he vivido en otros medios más honrados en apariencia que este en que usted me ha conocido; pero en todos eran mayores las dificultades de mi vida y mayores los riesgos. Cuando hay que luchar en condiciones desventajosas para la vida, es preferible parecer malo a parecer débil. A una mujer sola, pobre, nadie la consulta siquiera su voluntad para enamorarla, es un derecho que exige cualquier atrevido. Desde que fuí artista... ya me respetaban algo más, ya me concedían siquiera que podía comprarse mi cariño, ya se molestaban en hacerme la cor-

te... Ya tengo siquiera el derecho de defenderme... Y aunque usted no lo crea he pedido triunfar, y puedo decirle ahora: si ese cariño de que usted habla es algo más que un capricho, si es usted capaz de creer en la verdad de mis palabras, cásese usted conmigo y yo le querré a usted con toda mi alma... ¿Quiere usted declaración más franca, más atrevida para una mujer?

FED. Pero... esa persona que acompaña a usted...

KET. Por algo que con él se relaciona pedí a usted esta entrevista. Lea usted esta carta... Sabrá usted lo que será ahora de mí.

FED. «Querida Ketty: Perdóname, la vida me es imposible porque los negocios van de mal en peor. Dejo sin pagar a los artistas...»

KET. Que armarán un escándalo.

FED. «Salgo escapado. Ya te escribiré cuando pueda. Te dejo sola porque creo...»

KET. ¡Qué vergüenza!

FED. «Creo que si no eres tonta como siempre, esta vez has encontrado tu suerte. Mal harás en no aprovecharla. Dile a ese caballero que perdone si yo me aprovecho en algo y convéncele de que la virtud es un lujo y los lujos no son para los pobres. Te quiere siempre, tu hermano, Pepe.» ¿Pepe?

KET. Sí; Richard... Ese es Pepe.

FED. ¿Y hermano de usted?... Y no era francés... Y no era...

KET. Tampoco yo soy Ketty... Soy una vulgar Filomena. Mi hermano fué siempre un bohemio, se buscó la vida de este modo... Yo sólo me decidí a seguirle porque comprendí que a su lado era la vida más segura.

FED. Y ¿por qué no dijo usted nunca que era su hermano?

KET. Era tan poco respetable como hermano... Me consideraba más defendida dejándolo en duda... De todos modos no fué malo conmigo... y le quise siempre... Ya ve usted ahora lo que será de mí.

FED. Eso no; si usted quiere...

KET. Si es usted el que no quiere.

FED. ¿Que yo no quiero?

KET. Sí, quiere usted... Pero ya sé cómo usted me quiere, como me han querido tantos... Y sin embargo, si yo supiera que era usted capaz de comprender que no se miente así. ¡Pensar que acabaría esta vida de lucha, esta vida errante! ¡Sería yo tan dichosa en una casita mía, sin lujos, tranquilidad nada más! ¡Cómo querría yo al hombre que tuviera fe en mí, en este deseo de toda mi vida de ser buena y de poder parecerlo al mismo tiempo... ¡Pobre de mí! Qué palabras de verdad encontraré yo para que usted me creyera... Crea usted en mí, sea usted bueno, cásese usted conmigo. Pero ya lo veo, me escucha usted con burla, desdeñoso.

FED. No, Ketty; ni burla, ni desdén... sorpresa, sí; yo esperaba, no podía creer...

KET. Y no cree usted... Hoy mismo me marcharé de aquí. No pensará usted que siga los consejos de mi hermano.

FED. No, no se marchará usted... y si le dijera...

KET. ¿Qué cree usted en mí? No; si lo dice usted así, por sorpresa, por emoción, yo sería la que no le creyera a usted... Ya sabrá usted de mí desde lejos, y cuando crea usted en mí de verdad, entonces, si todavía se acuerda usted de mí, y el capricho por una mujer, que usted sólo juzgó digna de un capricho, se ha convertido en estimación, yo le aseguro a usted por todo lo que he luchado en esta vida que no tendrá usted que arrepentirse nunca, si es usted entonces el que viene a decirme: cásese conmigo... Viene gente... Volveré a despedirme... hasta entonces o para siempre. (Sale.)

FED. ¿Qué mujer es esta? ¿Puede fingirse así? Es que lo bueno es más inverosímil que lo

malo y nos parece más novelesco. ¿Cómo saber?... Corro al circo, si es verdad que ese hombre se ha escapado, que era su hermano, los artistas sabrán... Una mujer que está segura de armonizar a un hombre ¿para qué quiere casarse con él y se prefiere el cariño al dinero?... Tiene razón... Casarme era la única locura que no se me había ocurrido. (Sale.)

ESCENA XI

DON GUMERSINDO y AUGUSTO (Discutiendo muy acalorados.)

GUM. Oígame usted tranquilo, que le explicaré a usted.

AUG. Nada, nada; su señora de usted me ha ofendido gravemente.

GUM. Pero...

AUG. Cuando una señora casada ofende a un caballero, el marido de la señora debe una reparación al caballero, si es que tiene carácter para dar una solfa a su señora. Su señora de usted me ha ofendido delante de gente; en plena mesa redonda.

GUM. No lo creo. ¡Pobre Pastora! Ella es incapaz.

AUG. ¡Ah! ¿No es ofenderme decir en mi cara que este hotel es Sierra Morena? ¿Se les ha cobrado a ustedes algo indebidamente? ¿Se les ha faltado a ustedes en algo? ¡Sierra Morena!

GUM. Oígame usted, yo le explicaré... La pobre Pastora tiene sus motivos...

AUG. ¿Conque motivos? Dice usted que tiene motivos. Según eso se hace usted solidario de sus palabras, de modo que...

GUM. Si no me escucha usted. La culpa de todo es mía, sí, señor, mía... Usted me comprenderá... Entre hombres... ¡Veinte años de matrimonio en Calzadilla! ¿Recuerda usted la noche del fuego?

AUG. La noche del agua...

GUM. Del fuego...

AUG. Cada uno habla de lo suyo...

GUM. Pues bien, esa noche, yo estaba aquí con ustedes, hacía muchos años que yo no veía mujeres tan guapas y tan... Usted me comprende... Mi señora cayó en cama a consecuencia del susto, tuve horas de libertad que no había tenido en veinte años, ¡veinte años de matrimonio en Calzadilla! La vida de fonda se presta... Usted lo sabe...

AUG. Voy teniendo ocasión de saberlo...

GUM. Fuí débil... una cana al aire... tal vez la última... Usted recuerda que yo le había dejado a usted en depósito 750 pesetas... Pues bien, esas 750 pesetas desaparecieron y mi mujer sólo pudo saber que la caja del hotel había sido presa de las llamas y que me parecía muy poco delicado exigir a ustedes que me las pagaran de su bolsillo, tratándose de un caso fortuito en que eran los más perjudicados...

AUG. ¡Ah! Y la señora de usted, naturalmente, no creyó que una caja pudiera arder así, ni que el fuego aquél fuera para tanto.

GUM. Eso es, y cree que ustedes...

AUG. Muy gracioso, hombre; muy gracioso, que aquí se simulan incendios por 700 pesetas...

GUM. Y de ahí sus indirectas...

AUG. A cualquier cosa llama usted indirectas... Pues no sabe usted lo más gracioso...

GUM. ¿Qué?

AUG Que ese dinero no estaba en la caja todavía. Yo me lo guardé en el bolsillo de mi americana y al despojarme de ella para extinguir el incendio, perecieron en él americana y pesetas, y para devolvérselas a usted la sociedad comanditaria del hotel, de que soy gerente, tuvo que desembolsarlas bonitamente; ya ve usted si tiene chiste que su señora de usted venga en-

cima con reticencias... ¡Ah! pero yo se lo diré, yo no puedo consentir...

GUM. No... usted no la dirá nada... usted no me descubrirá... Se trata de la tranquilidad de mi casa... Si Pastora sospechara siquiera, mi vida sería un infierno... Yo le indemnizaré a usted de todo... Pero si usted supiera que yo no puedo distraer un cuarto... Mi mujer lleva cuenta de todo... Si ella supiera que las 700 pesetas... No quiero pensarlo... Usted callará. ¿Que le importa a usted la opinión de mi mujer? Y para mí es la paz, en el seno de mi hogar de Calzadilla... Ahora que he casado a mi hija... ¡Ah! créalo usted, si las cosas se hicieran dos veces...

AUG. Serán 1,400 pesetas. Dos veces 700...

GUM. Lo peor es que esa muchacha me habló de otro pico que necesitaba... y yo en el primer arrebato... el primero y el último, se lo juro a usted...

AUG. Lo creo...

GUM. Accedí a cuanto me pedía... Y ahora, será un nuevo favor que tenga que agradecer a usted...

AUG. ¡Cómo?

GUM. Que me preste usted 200 pesetas... que yo le enviaré de Calzadilla como pueda. Cinco pesetas cada semana... me privaré de fumar, haré cuenta de que he tomado algún objeto a plazos...

AUG. Pero ustedes han tomado este hotel por un asilo de beneficencia.

GUM. No se incomode usted. Esas 200 pesetas me salvan del todo. Porque esa chica es capaz de armarme un escándalo... Usted no consentirá que por 200 pesetas haya un escándalo en la fonda. Siempre es un descrédito.

AUG. Sí, que con estos cosas, también se acredita...

GUM. ¿Qué son para usted 200 pesetas? Para mí

es la paz en el seno de mi hogar de Calzadilla... Si mi Pastora se entera... si...

AUG. Pues no tienen ustedes poco miedo a su Pastora...

ESCENA XII

Dichos y POLI

POLI Don Gumersindo, don Gumersindo...

GUM. ¿Qué ocurre? ¿Está peor tu señora madre política?

POLI No, es decir, sí; si usted supiera...

GUM. ¿Qué pasa?

POLI Don Gumersindo. Abráceme usted. Usted no sabe lo que acabo de hacer por usted...

GUM. ¿Tú?

POLI Un sacrificio... como en los dramas... Lo que sólo se hace por un padre...

GUM. ¡Un sacrificio!

POLI Doña Pastora ha querido ahogarme...

GUM. ¿A ti?... Ya lo oye usted...

POLI Mire usted... Son sus uñas...

GUM. Pero, ¿por qué?...

POLI Pues bien, estas uñas las tendría usted ahora clavadas, a más de cuantos improperios pueden caer sobre cabeza humana... si yo no me hubiera sacrificado por usted...

GUN. Pero, acaba...

POLI Doña Pastora ha sorprendido una carta que la criada del hotel había dejado para usted...

GUM. ¡Una carta! ¡Dios mío! Las 200 pesetas...

POLI En esa carta le pedían a usted...

GUM. ¡200 pesetas!

POLI Sí, señor... le daban a ustedes las gracias por otras 700 y le llamaban a usted indecente...

GUM. ¿Y tú?...

POLI Yo he dicho que esa carta iba dirigida a mí...

AUG. ¡Es un héroe!...

POLI ¡A mí! He confesado que era yo el que conocía a esa mujer antes de mi matrimonio...

GUM. ¿Tú? ¿Cuándo, si nunca has salido de Calzadilla?

POLI Por una postal... He confesado que al verla aquí había tenido un mal pensamiento, y aprovechando las horas en que Teresita asistia a su madre enferma.

GUM. ¿Tú has dicho eso?

POLI ¡Yo; sí! ¿Hubiera hecho más un hijo!

GUM. ¡Ven a mis brazos!

POLI Yo conozco a doña Pastora... Yo sé que si ella supiera que usted había dilapidado esas 700 pesetas, la tranquilidad habría concluído para usted, y para los cuatro días que le quedan a usted de vivir, he querido que viva usted tranquilo.

GUM. ¡Abrázame! Nunca lo hubiera creído de ti. ¿Oye usted" Es un hijo, un verdadero hijo. ¿Y Pastora?

POLI Queda contándoselo a Teresita.

GUM. ¡Qué complicación!

POLI Ahora es usted el que debe sacrificarse a su vez, diciéndole a Teresita que yo soy inocente...

GUM. ¿Yo? ¿A mi hija? ¿Confesar yo a mi hija?... ¡Nunca!

POLI ¡Ah! ¿Cree usted que yo voy a pasar por culpable a sus ojos? Ante doña Pastora no importa tanto, porque para cuatro días que ha de vivir... Además, no he de vivir con ella, pero con mi Teresita, sin comerlo ni beberlo... eso sí que no, eso sí que no. Si usted no demuestra ante Teresita mi inocencia, llamo a esa joven, y que ella diga quién es el culpable...

GUM. No, eso no. Yo lo diré todo... Pero su padre... ¿Con qué respeto volverá a mirar a

su padre esa pobre hija? Un padre que derrocha así el dinero de sus hijos... (A Augusto.) Y usted tiene la culpa de todo.

AUG. ¡Hombre!... Me gusta.

GUM. ¡En una fonda decente admitir a esa clase de mujeres!...

AUG. Oiga usted...

GUM. ¡Adónde trae uno a su mujer y a sus hijas!

AUG. ¡A que le rompo algo a este tío!...

GUM. Estoy por creer que esta fonda no es lo que parece...

AUG. ¡Señor mío, señor mío! Si usted no fuera un viejo verde...

GUM. ¿Eh?

AUG. Un viejo impúdico...

POLI ¡A mi señor padre político no le falte!

GUM. Es un héroe.

AUG. Ustedes son los que faltan...

POLI A mí digame lo que quiera, pero a mi señor padre, no.

GUM. Se agiganta... ¡Ay, Pastora!

AUG. Entiéndanse ustedes... A mí no me metan ustedes en esos líos. (Sale.)

ESCENA XIII

Doña PASTORA, TERESITA, DON GUMERSINDO y POLI

PAS. Ahí le tienes, ahí le tienes... Que te lo diga él si tiene vergüenza.

TER. No, no; yo no le digo nada... Yo quiero separarme... yo no quiero verle... que se vaya, que se vaya...

POLI ¡Don Gumersindo! ¡Don Gumersindo!

PAS. ¡Ha asesinado usted a mi hija! ¡Es usted un miserable! ¡A los quince días de matrimonio! Gumersindo va a saberlo... y no lo creerá... Lee, lee esa carta... ¿A quién di-

rás que está dirigida? Vas a caerte redondo cuando lo sepas.

POLI. ¡Teresita, Teresita!, por Dios, tu padre te dirá que yo soy inocente, que yo me he sacrificado.

TER. ¡Vete, vete, vete!... Quiero separarme, quiero separarme...

POLI ¡Don Gumersindo, que yo me he sacrificado!...

GUM. ¡Calla! Si lo sé todo... ¡El me lo ha confesado!... Tienes razón. ¡A los quince días!... ¡Si fuera siquiera a los quince años!...

PAS. ¿Qué estás diciendo? ¿Estás ahí con esa calma? ¿De qué sirve la autoridad de padre? Ahora mismo es preciso ver al juez, llevarle esa carta...

GUM. Calma, calma, mucha calma. Estos asuntos de familia... Yo hablaré a Teresita; Teresita, hija mía...

PAS. ¡A los quince días! ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Si mi Gumersindo me hubiera faltado a los quince días!

TER. ¡Quiero separarme! ¡Quiero separarme! Llévame a ver al juez...

GUM. Teresita, escucha, ten calma, yo te diré...

ESCENA XIV

Dichos MISS SMITH, REGUERA, EL CHURRERITO, EL CHICO DE LA ÚRSULA, TEODORO y AUGUSTO; después FEDERICO, la «troupe» WILSON, después DON ISIDORO, DOÑA HORTENSIA y ASUNCIÓN, y después LA CAMELIA y LA DALIA.

CHUR. Que esto ya no se puede aguantar, y me voy ahora mismo por no quitarle a usted las muelas.

REG. ¡Tú a mí, so maleta!...

CHICO Es que es verdad. ¿Qué a quién se le ocurre abrirse de capa en aquel terreno?...

REG. La culpa me tengo yo.

CHUR. ¡Vaya un tío pelma!

SMITH No sacan navaja, no sacan navaja.

TEO. ¡Señores, señores!

AUG. ¿Otro escándalo? ¡Señores, señores!

FED. (Entra corriendo.) ¡Augusto, Augusto!, pronto, que cierren la puerta, que...

AUG. Otro que tal. ¿Qué pasa?

FED. Verás. Fuí al circo, encontré a los artistas furiosos, Mr. Richard se había escapado sin pagarlos, me conocieron, sabían que yo era el de los cuartos, y salieron detrás de mí no sé cuantos, tomé un coche, y ellos detrás, y al bajarme los vi todavía...

AUG. Esta flor le faltaba al ramo. ¡Qué voces! ¡Uy!

FED. No te dije...

TER. ¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¡Qué gente! (Entra la «troupe Wilson».)

WIL. *¡Nous sommes volés! ¡L'argent, l'argent!*

AUG. ¡Señores, orden, orden! Callen ustedes... Callen todos... ¡Ay! Hay que proceder con energía.

WIL. *¡L'argent, l'argent!*

AUG. A ustedes se les pagará. (A Federico.) ¿Estás conforme?

KET. ¡Qué gente!

FED. Sí, se les pagará, se les pagará.

WIL. ¡Oh! ¡Viva! ¡Viva! *¡L'argent, l'argent!*

AUG. Y ya están ustedes demás aquí. (Salen los Wilson.) Tú, Reguerita, largo también con tu distinguida compañía.

CHUR. Oiga usted; es que nosotros la cuenta... A que dice ahora que él no paga.

REG. ¡Qué he de pagar! Se le paga a un amigo, pero a un *desahogao* como tú...

CHUR. Ahora soy *desahogao*... Usted sí que...

AUG. No haya cuestiones. No paga nadie. En eso estábamos.

FED. Nadie.

CAME. Sí, pero nosotras somos las más desgraciadas, que ahora dice el empresario que no

nos paga el viaje a Lisboa, y nos veremos perdidas.

DALIA Hemos escrito a todos los amigos, pero todos son unos sinvergüenzas.

FED. Se os pagará el viaje.

CAME. ¿De veras? Eres la única persona decente. (Siempre sucede lo mismo; el que menos motivos tiene...)

DALIA Verdad que sí.

PAS. ¿Lo crees, verdad? No sé como me contengo. Y tú, ¿qué haces? ¿No le dices nada a ese hombre?

GUM. Dile algo para disimular con tu madre.

POLI Sí, dime; yo no me ofendo...

TER. ¡Pillo, tunante, faltarme así, pillo, pillo!

POLI Perdóname, perdóname.

PAS. ¿Es eso todo lo que se te ocurre? ¡Yo le mataría.

TER. ¡No, mamá, pobrecito mío! ¡Matarle, no!

PAS. Eso es, mímale todavía. Si te está muy bien empleado.

TER. ¡Pobrecito mío!

GUM. ¡Que no sepa nunca tu madre! Aguántala con paciencia, que sí tendrá que aguantar.

POLI ¡Qué remedio! Para cuatro días que les quedan a ustedes de vivir...

GUM. Oye, oye, que yo pienso vivir más de cuatro días.

AUG. Bueno, bueno, hoy se marchan ustedes, y cuando se hayan ido todos... Tú dirás, Federico...

FED. Nos iremos también nosotros... Pero antes quiero anunciar a ustedes que la fonda vuelve a ser suya.

ISID. ¡Eh? Don Federico, ¿qué dice usted!

HORT. ¿Qué decía yo? ¡Asunción!

ASUN. ¿Qué es esto? ¿No era eso broma?

FED. Vuelve a ser de ustedes, en las mismas condiciones que antes.

ISID. ¡Don Federico!

HORT. ¡En las mismas condiciones dice usted! No lo creo; dígalo usted todo.

FED. Sólo añado una; que Asunción ha de casarse con su novio... Supongo que ya no habrá inconveniente.

ISID. Ninguno.

ASUN. ¡Ah! ¿Qué dice usted? Es usted el hombre más simpático que he conocido. Cuando Paco lo sepa... Voy a escribirle ahora mismo. (Se sienta a escribir.)

HORT. Pero entonces usted...

FED. Yo tal vez me case también muy pronto. (A Ketty.) ¿No es verdad?

KET. Tan pronto, no; cuando crea usted en mí por completo. Yo sabré demostrar que merezco su confianza y su cariño.

AUG. ¿Y el negocio del hotel?

FED. Acabaron los negocios. Desengañémonos; cada uno para lo que nace.

AUG. Es verdad. Todos nuestros negocios serían como este. Mira 25,000 pesetas de déficit, A pocos negocios así...

FED. Es inútil que las cigarras se empeñen en ser hormigas. Nosotros hemos nacido para vivir alegres, sin preocupaciones del mañana, para el amor, para la alegría. Yo estoy alegre, y amo. ¿Qué más puedo desear?

TEO. Es cierto. Las cigarras vuelven a cantar.

AUG. Y volverás a no comer.

TEO. ¿Qué importa? Tenemos alma de artistas.

FED. Somos cigarras.

KET. Y hormigas también.

FED. ¿También?

KET. Sí... Esperadme.

(Al público.) Cigarras son los artistas
viven y mueren cantando:
cigarras para el provecho;
hormigas para el aplauso.

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas